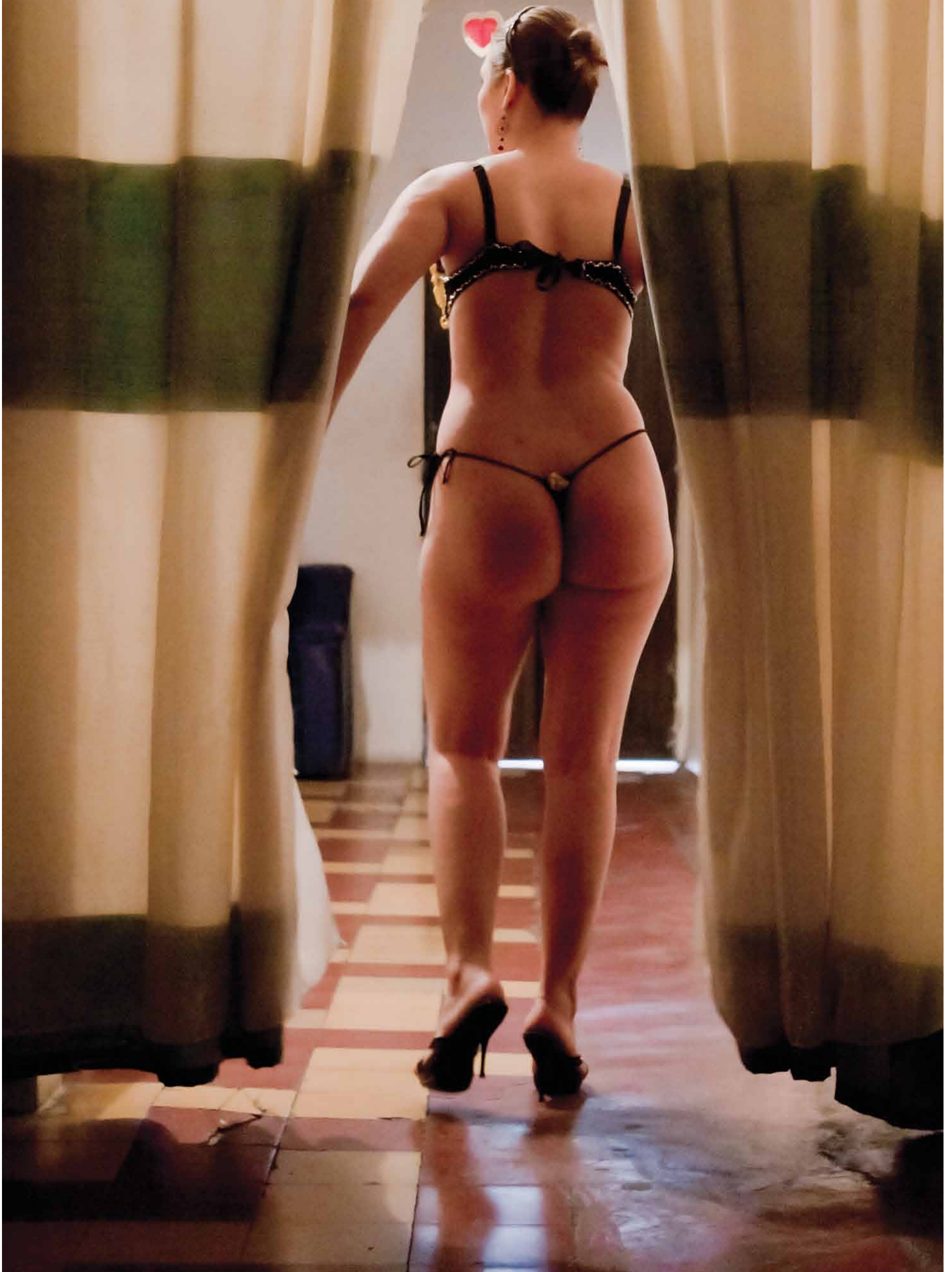


Cualquier cosa, menos quietos

# UNIVERSO CENTRO

Número 20 - Febrero de 2011 - Distribución gratuita - [www.universocentro.com](http://www.universocentro.com)



Barranquilla vuelve a mirar al centro



Temporada Escolar



Casa de masajes



Byron White



80 años de Gonzalo Arango



El espacio y la memoria



Universo Centro  
 Publicación mensual  
 Dirección y fotografía  
 Juan Fernando Ospina  
 Comité editorial  
 Sergio Valencia  
 Fernando Mora  
 Pascual Gaviria  
 Guillermo Cardona  
 Juan Carlos Orrego  
 Corrección  
 Sergio Valencia  
 Diseño y diagramación  
 Lyda Estrada  
 Distribución  
 Érika y los Gustavos  
 Prensa  
 Catalina Trujillo  
 Asistente universitaria  
 Yudy Enríquez

Es una publicación de la  
 Corporación Universo Centro  
 Número 20 - Febrero 2011  
 8.000 ejemplares  
 Impreso en La Patria  
 universocentro@universocentro

Distribución gratuita.

# La pauta de Babilonia



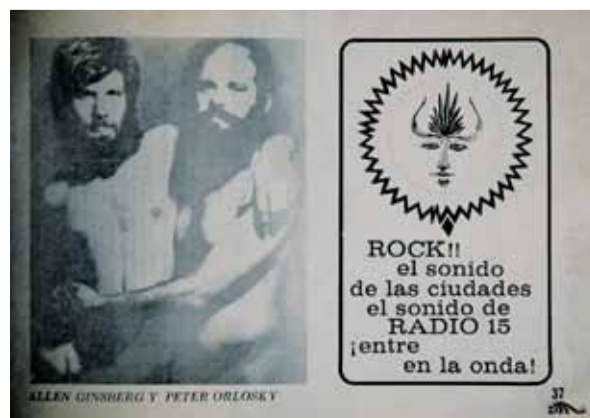
**D**a pena con los lectores agregarle un banano más al racimo de problemas que cargan, y aún más si se trata de uno doméstico, de un murrapo, pero es que da tanta brega conseguir avisos para un periódico como este que bien vale ponerlo en discusión.

Para que no parezca que nos volvimos chillones y que nos las queremos dar de pobrecitos, tenemos que reconocer que a UC, comparado con un montón de empresas culturales igual o más valiosas, no le ha ido tan mal levantando pauta. Afortunados somos de andar acompañados por algunos anunciantes que no nos desamparan cada mes pagando las muletas con las que llegamos hasta este número 20.

Sabemos también que las tales "leyes del mercado" son incontrovertibles: Si un producto es bueno, vende. A ellas nos acogemos no habiendo otras distintas que se parezcan menos a una encerrona, porque generalmente sucede al revés y la verdadera ley resulta ser: Lo que vende es bueno, se vuelve bueno porque vende. Así hasta llegar a una práctica norma muy acatada en esta ciudad de "menjurjes bursátiles": Que se venda, aunque no sea bueno.

Lo anterior, para que se enteren, lo aprendimos leyendo Gallinazo no come alpiste, libro de mercadotecnia que conseguimos por canje de publicidad.

Hace no mucho tiempo en esta misma ciudad, los nadaístas, esa tropa que prestó servicio en el pensamiento reclutados a la fuerza por sus ideas, publicaron folletos y pasquines patrocinados por las más pinchadas empresas antioqueñas. A una descarga de Gonzaloarango o a una diatriba de Eduardo Escobar o a un poema de Amílkar, le seguía como si nada un aviso de Fabricato o del Banco Industrial Colombiano, ahora Bancolombia. Y por



la misma época, Coltejer financió una gran bienal de arte que se recuerda porque despelucó y agitó polémicas, tal como debe ser.

Eso nos da a pensar como mínimo, ante la ausencia de esos cacacos anunciantes en los proyectos artísticos que tratan hoy de sacar la cabeza, que optaron por la comodidad de poner sus marcas sobre seguro, en el arte "correcto" quizás, en lo que no causa agrurias ni trae políticos problemas ni morales percaenas.

Y como máximo, que estamos ante un asunto profundo: Para algunos, Medellín así como está, está bien, produce la suficiente plata para que nadie tenga que preocuparse por si aparecen o no nuevos grupos de teatro, cinematecas, combos hip hop, dibujantes, danzarines, periodistas, poetas, escritores, criticones y todo lo parecido que nazca en esta tierra.

Que dé brega conseguir pauta, sea por la abundancia de competencia o por la baja calidad de lo producido, es lógico y comprensible. ¿Pero por qué tanta brega? Si a todos, cacacos y aguapanelos, nos conviene una ciudad en la que todos quepamos. ☘



# Así de monótona es la guerra

LÍDERMAN VÁSQUEZ. ILUSTRACIONES DE MAX GALLINAZO

Anda amañado con el culo atrás (Dicho callejero)

**H**ay una novela que narra el conflicto armado que vive Colombia, un conflicto que según los entendidos tiene más de cincuenta años. No es un panfleto sobre la violencia y quien la escribió no andaba a la caza de temas que gustaran al público y a los jurados de los concursos, además, aquí, a muy poca gente le gusta leer. En las escuelas y colegios el libro es el gran ausente. Se exaltan en público sus bondades, pero en privado se le desprecia. De modo que si alguien escribe lo hace para sí mismo, para sus amigos, nunca para el gran público. Cuando los escritores viven en medio del horror en algún momento escriben sobre el horror y Colombia estaba viviendo la pesadilla de los años cincuenta. En el campo Los Pájaros hacían el corte de franela y se cuenta que a una mujer embarazada la rajaron, le sacaron al bebé ya formado que pateaba en el polvo como un perro degollado, le metieron un gallo vivo donde antes estaba el bebé y la cosieron. Cuando la sociología, la antropología, y los otros discursos que pretenden explicar las cosas humanas, se tornan limitados, aparece la novela.

Escrita a finales de los años cincuenta. El día señalado, del novelista colombiano Manuel Mejía Vallejo, obtuvo en 1963 el premio Nadal. La leí el último año de bachillerato y, aunque todo se me había olvidado, quedó en mi memoria lo que sentí una vez cerré el libro y lo guardé en el baúl, junto con mis otros libros, entre los que estaba El remordimiento de Fernando González. Era una sensación parecida a la devastación, como quedamos luego de que un ser querido se marcha. Una sensación que volvió a repetirse con muchas novelas leídas a lo largo de los años.

Empieza contando la historia de José Miguel Pérez, un muchacho de veinticuatro años que desde niño soñó con tener un alazán. Ya grande, después de ahorrar lo suficiente, enfrentado a la opción de casarse con Marta, su novia, y comprar el caballo, opta por esta última. El ejército, que anda reclutando jóvenes para la guerra, decide llevarse el caballo. Cuando José Miguel se entera de que se han llevado su alazán, decide ir por él, le pertenece, es el fruto de su trabajo, no fue un regalo del gobierno. En la cruz dice: José Miguel Pérez, 1936-1960. Los años de una vida sencilla, de campesino, segada por el ejército.

En el pueblo, Tambo, la violencia está pegada a las cosas, se respira en todos los lugares, oscurece los corazones. Hay un gamonal, don Heraclio, a quien también llaman el Cojo Chútez. La historia de su pierna mala es la historia de Tambo. Por las calles se pasea el sepulturero con su pica al hombro, un personaje vitando a quienes muchos desearían ver muerto, es manco, quiere enterrar a todos los soldados y al Sargento Mataya, pues han asesinado a su familia. La mano que le falta está enterrada con ellos. Matones al servicio de don Heraclio, en connivencia con el ejército, siembran el terror. Más allá está el Páramo, territorio de los guerrilleros al mando de Pedro Canales. Las mujeres están solas con sus hijos, los hombres están en la guerra, unos en las filas del ejército, otros en el Páramo al mando de Pedro Canales, y otros sirven al gamonal. Parece una guerra entre vecinos, entre parientes. El nuestro, como dice el investigador y escritor Alejandro Reyes, siempre fue un país con mucho territorio y

poco Estado, éste abarcaba el mundillo de las élites, lo demás era la mezcolanza envilecida, violenta por naturaleza. Por eso en Tambo, y en otros pueblos imaginarios como Macondo, las élites son distantes, como si no existieran, pero, a semejanza del Dios judeocristiano, son el motor de la guerra.

Un día aparece un forastero en el pueblo, lleva un gallo bajo el poncho. Es joven, fuerte, y busca a un hombre para matarlo. Desde los doce años lo busca, vive para ese odio, lo aprendió en el útero, en las canciones de cuna, en los primeros balbuceos. Ha ido a Tambo porque son las fiestas y habrá pelea de gallos y allí, quién sabe, podría estar ese hombre. De las cuatro historias a partir de las cuales se estructura El día señalado, la del forastero fue la única que sobrevivió a los años y la que dejó en mi estado de ánimo esa sensación como de derrota que se siente en las grandes catástrofes: un muchacho recorriendo la geografía de un país buscando a su padre, a quien nunca ha visto, no para abrazarlo, sino para matarlo.

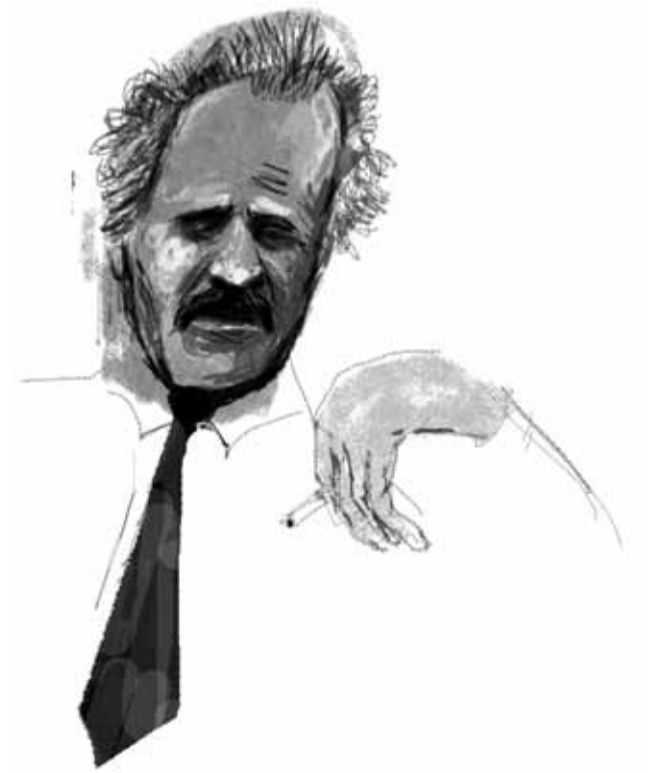
Los guerrilleros tendieron una emboscada al ejército y hubo muchos soldados muertos y ahora el ejército está acuartelado en el cementerio esperando a los subversivos que, se sabe, tomarán Tambo a sangre y fuego. Sin embargo, es tanta la insensibilidad, que la gente sigue como si nada, preparándose para la fiesta, en la que habrá peleas de gallos y mucho licor. Como esas vidas sembradas en el terreno de la biología pura, sin incursiones en el mundo espiritual, en donde las personas se lastiman, se insultan, se necesitan, cagan, comen, eyaculan, siempre igual, así de monótona es la guerra. Lo único novedoso es un curita nuevo, el padre Barrios, que quiere devolverle a Tambo la sensibilidad.

Hay también un alcalde corrupto, manejado por el gamonal, cuya función es hacerse el de la vista gorda ante las crueldades del ejército y de los hombres de don Heraclio. A cambio recibe beneficios económicos. No importa que el gamonal se le esté comiendo a la esposa. Y está la puta del pueblo, Otilia, la encrucijada en donde se encuentran todos: soldados, guerrilleros, Pedro Canales, el Sargento Mataya, don Heraclio. Es, en ese pueblo envilecido, la única persona con dignidad.

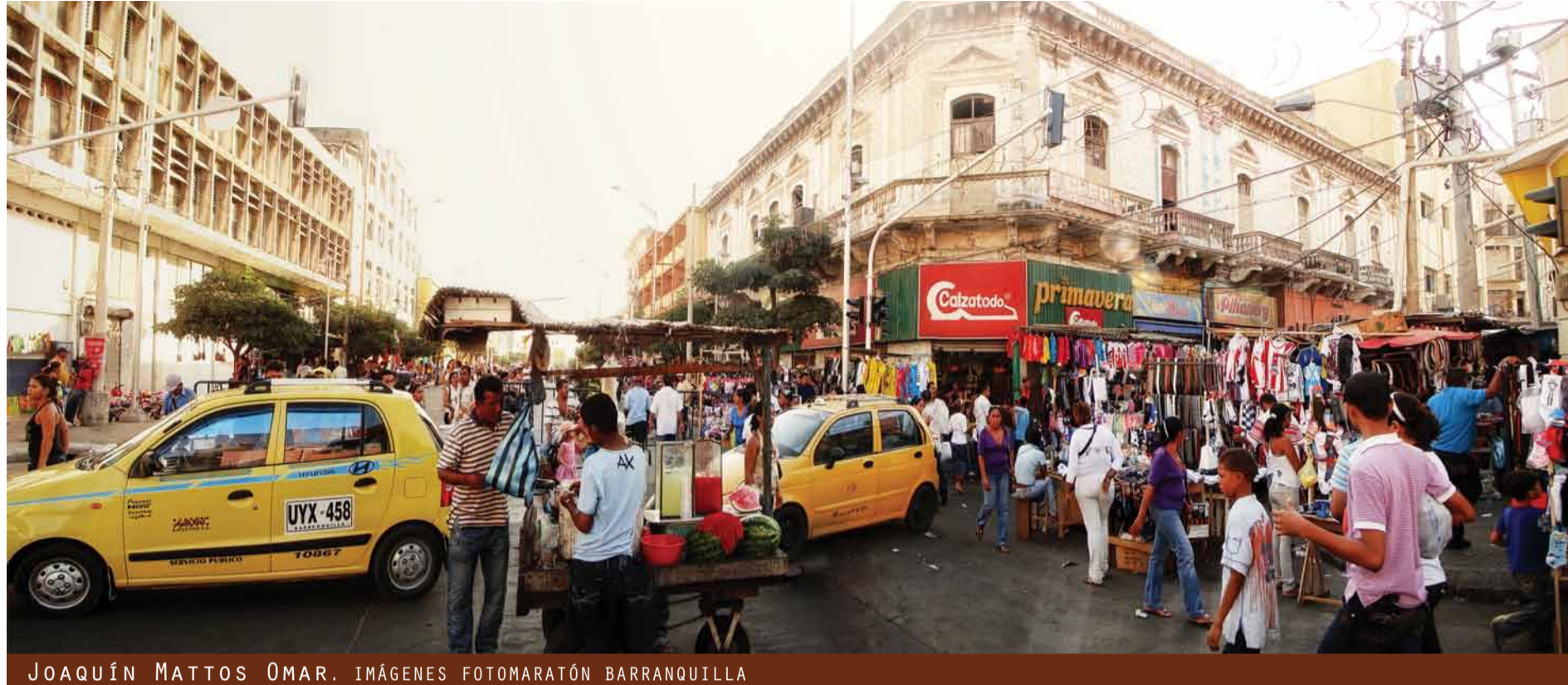
Los soldados mueren emboscados, otros, entre los que se encuentra el Sargento Mataya, son envenenados. No es el triunfo de los guerrilleros, es sólo una fase de la guerra, y, en medio del fuego cruzado, el deseo que no da tregua. Marta, la que fuera novia de José Miguel, se entrega al Forastero y éste repite un viejo gesto: le deja el gallo y la promesa de que un día volverá. Lo mismo que hizo su padre, el gamonal, hace veintitantos años. No se dice, pero es fácil inferirlo: el futuro de Tambo, como lo fue el de muchos pueblos en los años cincuenta, será el fuego. Llegará el ejército al mando de otro sargento, o Los Pájaros, y las mujeres serán violadas, las casas incendiadas. Nada habrá ocurrido. Quienes sobrevivan seguirán cagando, copulando, comiendo, durmiendo, lastimándose.



Los soldados mueren emboscados, otros son envenenados. No es el triunfo de los guerrilleros, es sólo una fase de la guerra, y, en medio del fuego cruzado, el deseo que no da tregua.



## Barranquilla vuelve a mirar al centro



JOAQUÍN MATTOS OMAR. IMÁGENES FOTOMARATÓN BARRANQUILLA

En la cornisa de uno de los muros laterales del teatro Rex ha brotado una humilde planta silvestre que incluso se ha permitido ataviarse de algunas florecitas amarillas. El muro, de color beige, se encuentra además salpicado de varias manchas negras causadas por el hollín de la contaminación atmosférica, y las ventanas que se abren en él se muestran rotas y desportilladas.

Este estado de deterioro del teatro Rex —que, con su seductor estilo art déco, fue uno de los más espléndidos de la ciudad y que, después de 75 años de funciones diarias, cerró definitivamente sus puertas a mediados de 2010, para pasar a ser esa cosa triste que es ahora, un parqueadero de carros y motocicletas— representa una de las facetas del centro histórico de Barranquilla, la que podríamos denominar “la llamada del pasado”.

La descomposición física, el desgaste, los signos de la ruina, pueden observarse también, en mayor o menor grado, pero sin lograr ocultar nunca la antigua grandeza y esplendor arquitectónicos, en numerosas otras edificaciones de este sector de la ciudad, cuyos orígenes se remontan a los de la ciudad misma, por allá por el siglo XVII, y que fue declarado en 1999 Bien de Interés Cultural de la Nación por parte del Ministerio de Cultura.

A veces, ello da lugar a parajes y escenas dotados de cierto misterio y evocación. Así, descendiendo por la avenida Libano (carrera 45), que es la vía donde se levanta el teatro Rex, uno se topa dos cuadras abajo con un edificio republicano que forma una esquina en la acera este de la calle San Blas (calle 35), y que se prolonga casi hasta la mitad de ésta. El inmueble, cuya fachada está decorada con múltiples figuras en alto relieve, se halla deshabitado, salvo por un pequeño local abierto en la planta baja donde se provee de café tinto a quienes venden esta bebida de manera ambulante. Ampliamente sombreado por un almenro alto y coposo, sus inquilinos son ahora una colonia de palomas, que entran y salen por sus balcones de balaustrados perdidos, carcomidos y agrietados. De pronto, aparece



un gallinazo negro que se posa sobre la baranda de uno de los balcones. Un transeúnte comenta que el ave rapaz llega allí en busca de los pichones de la palomas.

### La nostalgia

Pero “la llamada del pasado” tiene otra manifestación en el centro de Barranquilla: la nostalgia. Esa nostalgia resulta evidente, por ejemplo, en sus viejos bares, dispersos en varios puntos de su geografía. Su decorado suele ser viejo y modesto; su ambiente, lúgubre o crepuscular; sus meseras, muy humildes; y sus tocadiscos muelen antiguos lamentos en tiempos de bolero, ranchera, vallenato o tango. No es infrecuente ver allí hombres de aspecto ruín o respetable compartiendo tragos con prostitutas menesterosas.

La nostalgia también envuelve como un halo las ventas callejeras de discos de vinilo: allí se escuchan las canciones sesenteras de Richie Ray and Bobby Cruz, de la Billo's Caracas Boys, de Alejandro Durán y de Enrique Guzmán; allí se ven las manoseadas carátulas que muestran artistas de pelo engominado y negros bigotes pulidos.

La nostalgia toma asimismo la forma de hombres canosos y arrugados que, ociosamente, suelen merodear por sus calles o descansar en sus parqueos o permanecer como absortos espectadores de partidas de dominó o de billar.

La nostalgia es la marca de los puestecitos de los “contadores públicos titulados” que, instalados en los andenes y reducidos a una escueta mesita, un banco de madera o de plástico y una añosa máquina de escribir, ofrecen a la clientela la elaboración de una variada gama de documentos: declaraciones de renta, certificados, contratos de arrendamiento, balances, volantes de pago, etc. El tecleo, por momentos insistente, de estas oficinitas a cielo abierto se escucha particularmente en los alrededores del Centro Cívico. En una de ellas, fijado en un costado de la mesa, puede leerse este letrero: “No me preocupo por nada. Estoy con Dios”.

### Su lado arrabalero

Pero las señales de deterioro no sólo se descubren en el paisaje físico del centro: en el humano también. En tal sentido, hay dos sectores especialmente críticos. Uno es el de los alrededores del barrio Barlovento. Situado a orillas del caño Los Tramosos, un brazo del río Magdalena cuyas aguas estancadas y oscuras despiden un olor mefítico, este barrio deprimido, pese a que ha sido objeto de una notable rehabilitación social durante el último decenio, sigue siendo un foco de microtráfico y consumo de drogas ilegales, de modo que en sus inmediaciones, en los márgenes de la industrial vía Cuarenta, existen parches habituales de vagabundos que fuman bazuco a sol y sombra.

El otro es la llamada Zona Cachacal, sector más deprimido aún que el anterior y que comprende los alrededores de la avenida de Los Estudiantes (carrera 38), entre el Paseo Bolívar y la calle de Las Vacas; lo que allí se ofrece a la vista es alucinante: dos de sus calles —la calle 32 entre carreras 37 y 38, y la calle 33 entre carreras 38 y 39— están literalmente invadidas por una

horda de yonquis famélicos y demacrados que fuman bazuco, aspiran pegante y beben licores baratos (apertivos), en medio de charcos, carretillas y pilas de basura, al tiempo que algunos forman pequeños grupos que apuestan a los dados. Estas dos calles parecen haber sido declaradas zonas francas para el consumo de drogas prohibidas.

### La llamada del futuro

Desde hace poco más de una década, sin embargo, y en particular desde la implementación del Plan Especial de Protección del Centro Histórico de Barranquilla por parte de la Alcaldía distrital en 2005, el viejo corazón de la capital del Atlántico ha visto poner en marcha su proceso de rescate y revitalización. Es lo que podríamos denominar “la llamada del futuro”. Su patrimonio patrimonial está siendo poco a poco rehabilitado. Un claro antecedente crucial de este proceso fue la restauración, en 1994, del palacio republicano de la antigua Administración de la Aduana, construido en 1921 por el presidente Marco Fidel Suárez.

A esta obra de recuperación, se han agregado la remodelación del emblemático Paseo Bolívar y la restauración de la iglesia y la plaza de San Nicolás (ésta fue la primera catedral de la ciudad). Otras edificaciones patrimoniales han sido restauradas por empresarios privados, que les han dado nuevamente vida como centros comerciales. En general, el centro vive una etapa de febril renacimiento comercial.

Otro gran proyecto de construcción totalmente nuevo, y de gran impacto urbanístico y cultural, es el Parque Cultural del Caribe, que opera desde 2009 a escasos metros del barrio Barlovento. Esta edificación, cuyo eje central es el innovador Museo del Caribe, cuenta con una plazoleta para la realización de eventos y espectáculos culturales, y, en el futuro próximo, albergará al Museo de Arte Moderno de Barranquilla y a la Cinemateca del Caribe.

Esta segunda oportunidad que se le está dando al centro de Barranquilla ha provocado en la ciudadanía una oleada de interés hacia él. Muestra de ella es el certamen artístico denominado Fotomaratón, que desde hace cinco años organiza la Fundación Mira al Centro y en el que una jauría de fotógrafos en su mayoría jóvenes se lanza durante un día a despedazar en cientos de imágenes congeladas este entrañable territorio urbano, así como la serie igualmente fotográfica El centro de mis sueños, de la artista Vivian Saad.

De modo que en pleno Paseo Bolívar, el activo y frenético centro comercial Calle Real, donde una multitud de personas se apretujan para comprar mercancías venidas de todas las esquinas del mundo, y cuya rezoza da fachada art déco de tonos azules hace un lindo juego con el cielo límpido y radiante, bien puede condensar lo que es hoy por hoy el centro de Barranquilla. Pero también puede hacerlo esa señora mayor que empuja una carretilla con un carga de yuca por la avenida Libano y que, al detenerse ante la luz roja del semáforo, fija por un momento, sólo por un momento, una mirada abismada, ida, con un vago fondo de tristeza, en quién sabe qué punto de su alma, de su vida o de su muerte. ☐

USTED ES GENTE DE CONFIAR  
DISPONGA COMO QUIERA NO IMPORTA LA HORA NI EL LUGAR

## TARJETA DÉBITO CONFIAR

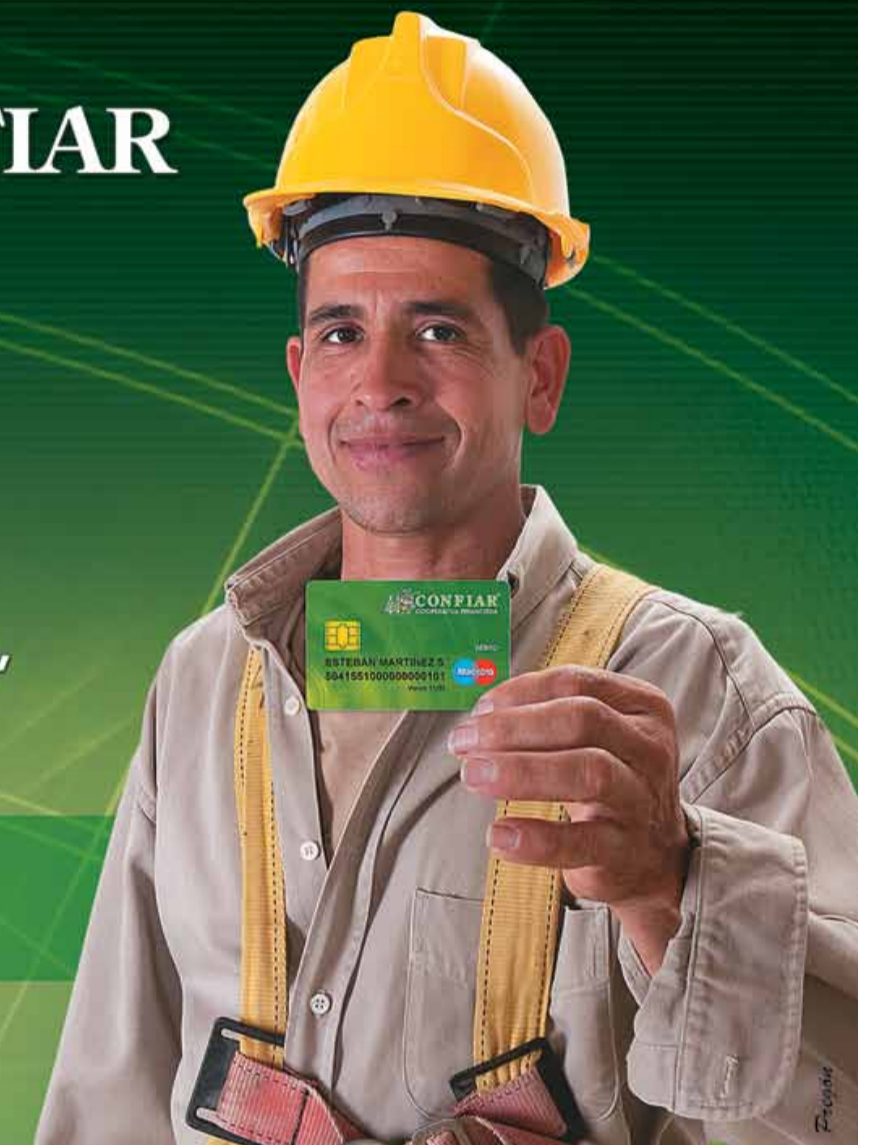


Con banda magnética ó con chip,  
para más seguridad y agilidad.

¡Cámbiela ya mismo!

Informes en su agencia CONFIAR más cercana

[www.confiar.coop](http://www.confiar.coop)



Aquí

te ves



telemedellín

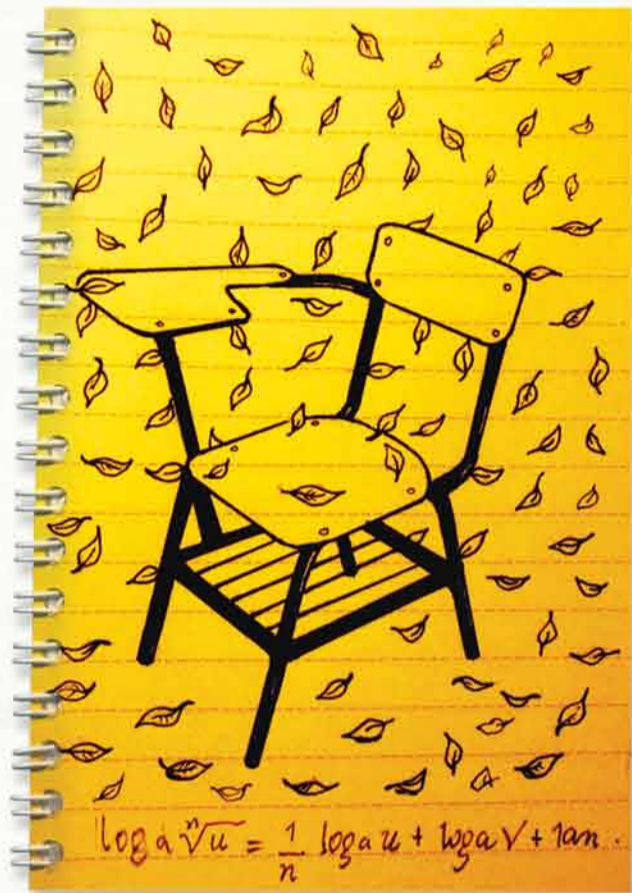
[www.telemedellin.tv](http://www.telemedellin.tv)



Volver al colegio, al término de las vacaciones y para empezar un nuevo año escolar, es sólo un recuerdo de pesadilla. Hay muchas formas de abrir esa puerta inolvidable: reja, pórtico, portería, torniquete. En últimas la memoria de salón es una vieja corrompida, por intenciones y recuerdos, por esa jaula de estudiantes que no volverá. Historias de cuatro regresos sin rector.

## Sin hojas en el patio

JUAN CARLOS ÓRREGO. ILUSTRACIÓN DE CACHORRO



Cuando estaba en octavo grado, la rispidez del álgebra hizo que deseara fugarme del colegio, así fuera para aprender algún oficio analfabeto; cualquier cosa, con tal de escurrirle el bulto a la espinosa academia. En esas jornadas de angustia, nada me parecía tan lejano como ser, algún día, bachiller del Instituto San Carlos: sobre la nube gris que formaban las cabezotas de algunos politiqueros de provincia, asomaba, entre nimbos dorados, la efigie inalcanzable del único egresado de feliz recordación: el escritor Darío Ruíz Gómez. Yo quería ser como él, así no me tocara la suerte de escribir algo como Hojas en el patio: me bastaba con saberme exalumno.

Sin embargo, me salvó mi masoquismo —me flageló una noche entera con la miscelánea de ejercicios de factorización del Álgebra de Baldor—, y al cabo de tres años y medio ya tenía el diploma en la mano. Me vi, pues, en la nube desde la que me saludaba el escritor. Lo que entonces no podía saber era que tal encumbramiento no iba a librarme de dos padecimientos crónicos: soñar sistemáticamente, durante décadas, que aún debo presentar exámenes sobre logaritmos; y deshacerme en una

demente nostalgia por los días en que era colegial, olvidado de los tortuosos sentimientos que entonces experimenté. Cuando este segundo pesar se hizo insostenible —el otro, a fin de cuentas, por irremediable ya tiene remedio— marché a contemplar lo que había sido de mi claustro lasallista.

Volví veinte años después de haberme ido, y sentí lo que, supongo, sentiría cualquier muerto si pudiera violar la tumba y reconquistar la superficie: un profundo despecho al ver cómo los demás se paseaban, como Pedro por su casa, por los corredores y patios que antes me habían pertenecido. Niños, profesores y secretarías iban de aquí para allá, seguros de sus pasos y por completo ajenos a mis pucheros. Una coordinadora se me ofreció como guía, y de un modo tan velado como expedito me dio a entender que no le interesaban mis evocaciones proustianas: cada vez que yo trataba de ofrecer llorosas añoranzas sobre la puerta o muro que, años atrás, habían estado sembrados en tal o cual lugar, ella me cortaba con explicaciones que no venían a cuento y que su voz grave hacía incontestables: me hablaba de la certificación de calidad o de los métodos usados por los jardineros. No tuve más remedio que callarme la boca.

El corazón se me arrugó cuando descubrí que de la gigantesca ceiba que se alzaba sobre el patio central apenas quedaba un pequeño túmulo cubierto de grama. Pero tuve una sensación extraña que iba más allá del descubrimiento de que no habían sido embustres las lecciones aprendidas sobre los ciclos de la naturaleza —y que incluían el dibujo de las bacterias nitrificantes royen-

do un tronco caído—: una atmósfera extraña rodeaba la tumba de la ceiba. Creí dar con la explicación cuando, al toparme con una vieja estatua de la Virgen, me pareció desamparada y muerta de frío, sin el cobijo que años atrás le prestaba la fronda.

Mi salón de primero elemental estaba irreconocible: los muros habían sido revocados y pintados de un color oficinesco; un televisor coronaba el ángulo en que estaba el escritorio de la maestra, y esta —una joven que no guardaba ningún parecido con mi gatuna profesora Rocío— se paseaba entre los niños ataviada con una bata científica; además, el recinto ya no olía, como treinta años atrás, a tajaduras de lápiz embutidas en tarros de lata. Mientras constataba todo eso en cauteloso silencio, la coordinadora me contaba no sé qué cosa del núcleo educativo.

Salvo el árbol muerto y la vetustez de la baranda del bloques de bachillerato, el colegio lucía moderno y pulcro. Los baños ofrecían acabados dignos de un club de golfistas; nuevos sistemas de escaleras se desenvolvían con agilidad de módulos interplanetarios; dos cafeterías nuevas rivalizaban con las casas de banquetes del barrio; la biblioteca había duplicado su tamaño y refinado su decoración —ya no parecía un comedor de beneficencia—; la sala de profesores era tan lujosa que podía albergar una cumbre de ministros; la capilla parecía tocada por una luz de revelación, y bajo su piso, como salido de la nada, abría sus puertas un auditorio magnífico; la cancha estaba rodeada de una pista atlética, y en uno de sus costados se alzaba un ágora griega en que tenían lugar, durante los recreos,

sesudas reuniones estudiantiles. La coordinadora, muy pagada de sí, me enseñaba las mejoras y aderezaba la conversación con datos técnicos y precisa jerga arquitectónica.

Era inútil que yo buscara los viejos contenedores de basura, cerrados como buzones, en que habíamos grabado nuestros nombres, o que intentara pillar trazas de hedor amoniacal en los baños de los más grandes. En el apolíneo colegio que tenía ante mis ojos no se conocían esos desafueros: allí los niños se desplazaban en filas militares, los pasamanos de aluminio brillaban en su virginidad, no alborotaban las abejas golosas que en otro tiempo se criaban en la trastienda, ni rodaban por el suelo servilletas ni hojas... ¡Hojas! ¡Eso era! Casi al término de mi visita, dominando el patio central desde el alto corredor en que otrora se alzaban las habitaciones de los hermanos cristianos, comprendí lo que había experimentado ante los despojos de la ceiba: mi extrañeza nacía del hecho de que ya no llovían hojas desde lo alto y, por lo mismo, tampoco se escuchaban los crujidos de su arrastrarse impenitente por el piso de cemento. El colegio, quieto y callado, ya no tenía hojas en el patio.

Volví a la casa no sé si más triste o más tranquilo. El lugar en que había mudado la piel de la niñez ya no existía, pero eso mismo hacía innecesario practicar nuevos ritos de reivindicación territorial. También eso, por irremediable, estaba remediado, y me quedaba el consuelo de volver a mi auténtico colegio cuando, alguna noche, soñara otra vez con el maldito examen de logaritmos. ☪

## El salón de los seres vivos

FERNANDO MORA. ILUSTRACIÓN DE VERÓNICA VELÁSQUEZ

El profesor Valencia espera que sus alumnos, con alocado bullicio, se acomoden en las bancas. Lanza una mirada marcial a un lado y a otro del salón de ciencias naturales. No oculta su orgullo de haber convertido el aula en la mejor dotada del colegio. A punta de rifas y empanadas, ahora los estudiantes pueden sentarse ante mesones de baldosín, sobre los que podemos ver una larga serie de frascos con fetos de conejos, boas en formol y una colección de pipetas, tubos de ensayo y otras formas de vidrio que parecen tubos digestivos.

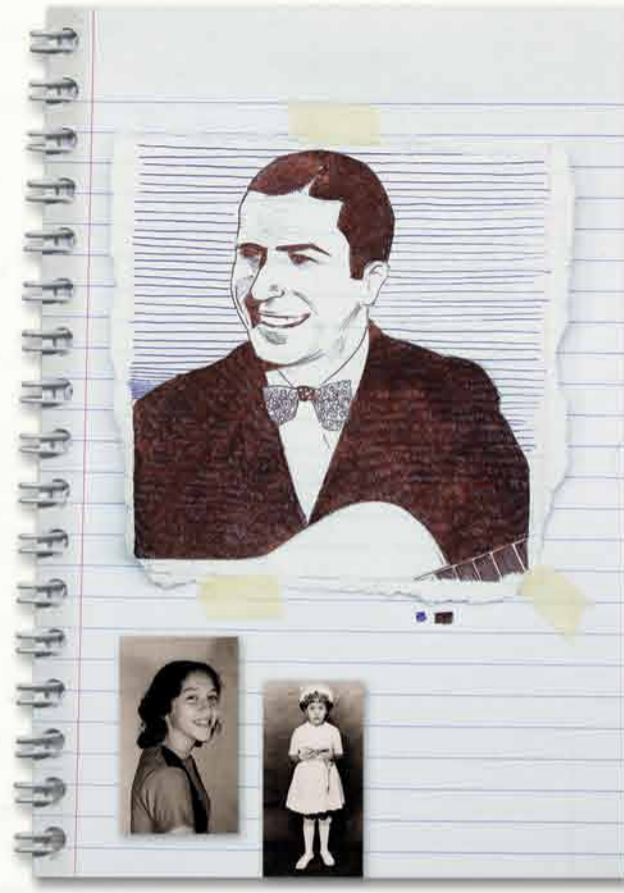
Mientras empieza a correr lista contemplamos su perfil aguileño, su alta y reflexiva frente que remata en una gran

mota, bien domada por la loción capilar. Luego vemos revolotear su bata de científico mientras recorre cada rincón del enorme salón. Va a la trastienda y trae una cartelera en la que señala un mapa del cerebro; lo hace con una varita que antes fue la antena de un radio transistor. La fuerza emotiva de sus palabras nos hace pensar que todo lo que dice es descubrimiento suyo.

Para tomar la lección ha inventado una especie de lotería del saber con fichas de cartón. Lo hace desde cualquier lugar del aula. Uno siente resonar en la espalda la voz estentórea: "Paniagua, dígame: ¿Cuál es la función de la mitocondria?". Y, entonces, si Paniagua acierta, el profesor se precipita hacia el atril del frente. Lápiz en ristre, muy afilado, pone un punto

en la casilla de la hoja de calificaciones. Casi podemos oír la perforación en el papel de una libreta que parece la agenda de un ciego.

Además de estas pruebas relámpago, el profesor Valencia suele poner unas tareas que exigen la participación de toda la familia. Una de ellas, icómo me acuerdo!, consiste en traer armado el esqueleto de un animal, en un pedestal, con su respectiva ficha de clasificación científica. A duras penas tenemos las vacaciones para terminar este proyecto. Con los compañeros de equipo hemos ido a buscar al único animal salvaje, fuera del hombre, que tenemos a mano: un sapo. Armados de linternas y costales logramos atrapar a tres de ellos. Con éter los hemos dormido para arrojarnos a hervir en un potaje digno de las brujas de



Hoy veo a mi madre poco más de cuarenta años atrás. La veo con esa cara que reconozco en las fotos agrietadas que mi abuela guarda y que dejaron para el recuerdo nobles retratos de su lejana infancia. La veo con un uniforme a cuadritos, medias blancas, zapatos pequeños y esa figura menuda que con los años se convertiría en conquistadora. La veo escondida detrás de una timidez abrumadora que le impidió, ese día, acercarse a la campana para anunciar que el recreo había terminado.

De esa historia perdida a finales de la década del sesenta, en Caracolí, viene el primer tango que recuerdo haber escuchado; supongo también que fue el primero que a ella le importó: "Sonia, Sonia, tus cabellos negros, en sueños mil veces besé yo". Una melodía húngara, de notas amargas que hablan de encierro, muerte y desolación, inmortalizada para los tangueros, para mi madre y para mí por el Zorzal Criollo, cuarenta años antes de que ella la escuchara por primera vez, cuando él la grabó.

## El nombre que no fue

JENNY GIRALDO. ILUSTRACIÓN DE JOSÉ SANÍN

Siete u ocho años tenía ella, la niña Rosalba, la buena estudiante, la alumna de confianza. Estaba en tercero de primaria y seguía al pie de la letra sus tareas y las instrucciones de las monjas. Todas menos esa, la de tocar la campana. Sentía vergüenza con solo pensar que pudiera fallar en su intento de empujarse, estirar el brazo y mover su mano con fuerza para producir el sonido que daba fin al momento de descanso, de juegos, de libertad. Y, en un acto tildado como de rebeldía, se negó rotundamente a hacerlo. Podía hacer cualquier cosa, lo que le pidieran, pero no quería tocar la campana. Y entonces vino el castigo que más de cuarenta años después es recordado por ella y escuchado con agrado por sus tres hijas; y reproducido por una de ellas con el descaro de quien se toma una historia como propia y se encarga de contarla a quien pueda.

Tres semanas estuvo mi mamá en un rincón del salón de clases, dando la espalda a las hileras de escritorios, mirando a través de la ventana, esperando el día en que pudiera de nuevo sentarse en su pupitre y atender las lecciones diarias, lo que sucedería sólo el día en que pidiera el perdón de la monja a la que se negó cuando le ordenó tocar la campana.

Hasta ese rincón que se convirtió en morada por semanas, desde el que se divisaba un caspete en el otro extremo del patio, llegaban tristes notas que se mezclaban con la voz chilvona de una maestra, el desordenado hablar de un grupo de niñas, el repicar de las campanas: la letra que hablaba de un hombre

encerrado en prisión por haber matado al amante de su esposa, Sonia, mujer de cabellos negros, cruel, de quien nunca el condenado volvió a saber. A fuerza de costumbre, mi madre memorizó cada uno de los versos de ese tango. No sé si su castigo lo sentía como equiparable a las altas murallas de aquel presidio en el que ni el sol se veía alumbrar, y que con detalle cantaba Gardel. Pienso y pienso en esos momentos que adivino como lluviosos, pero sofocantes y melancólicos, y no logro entender la tristeza inocente de mi madre al reconocer el dolor de un hombre, el dolor del amor.

El tiempo pasó —la canción ya había quedado como recuerdo de ese martirio de tres semanas ajena a las lecciones— y el perdón tuvo que ser pedido: el fin de año se aproximaba y mi mamá quería volver a su pupitre, presentar sus tareas y esperar el año siguiente, y el siguiente, y el siguiente, hasta que la vida le regalara una hija, a quien ya había decidido bautizar como Sonia.

Y los años pasaron, como debía ser, y mi mamá terminó el bachillerato, como debía ser, y se casó a los 21, como debía ser, y a los 22 tuvo a su primera hija, que soy yo y que por los caprichos de un sacerdote y los delirios de mi papá —que siempre ha seguido caprichos de sotonas y parroquias—, no pude llevar el nombre que con tanto recelo mi madre había cuidado para mí. Entre una guerrillera venezolana, de alias Sonia, militante del Partido Bandera Roja y abatida en combate días antes de mi nacimiento, y la idea de que era ese un nombre gi-

cerrado allí durante meses.

Antes de la Navidad, un benefactor anónimo envió al colegio 12 microscopios. Cuando pudimos mirar a través del lente una gota de agua de una charca, entendimos que lo esencial sí es invisible a los ojos, como dice el Principito. La gota albergaba unos seres translúcidos que se movían agitando diminutos pelitos. Valencia nos explicó que eran paramecios y que, cuando uno de ellos perdía energía, se adhería a otro que sí tenía para intercambiarla; así los organismos podían sobrevivir indefinidamente. Tal vez, si los estudiáramos a fondo, podríamos encontrar la fuente de la inmortalidad, nos dijo.

Sin la tarea del esqueleto y un escrito que, según Valencia, no era una monografía, el promedio de mi equipo y el mío se fueron a pique. Pero el profesor había olvidado algo. Unos meses antes le había llevado, como donación al salón de los seres

vivos, un toche diseado por mi abuela, ya que ella tenía la costumbre de embalsamar cada pájaro que se le moría. El profesor se excusó por no haber recordado tan valioso aporte, y así logramos mis amigos y yo salvarnos de la extinción.

Años después de haber terminado el colegio, al pasar por una casona que tenía las ventanas abiertas, escuché una voz operática que provenía de un zaguán. Me acerqué a curiosear. Era una especie de aria interpretada por un Caruso criollo. A través de los barrotes pude ver su perfil inconfundible: la misma nariz aguileña, la mota engominada y esa expresión de soberanía en el rostro que ahora proyectaba la voz, en un patio interior, a un grupo de amigos. Pese a que él nos había enseñado a desconfiar de las apariencias, no tuve dudas: era el mismísimo profesor Valencia. ☪



## Mis primeras piedras

GUILLERMO CARDONA. ILUSTRACIONES DE CACHORRO

par directamente en las pedreas pero que seguían los acontecimientos tras la aparente protección de la malla. La retaguardia de la policía retiró los restos de las barricadas para que el antimotines quedara con el camino expedito al contraataque. Sin miedo a ser atropellados, los muchachos encendieron las llantas de la barricada y se agolparon en la puerta en formación de media herradura, y su defensa fue tan efectiva que el vehículo tuvo que seguir de largo. Nuevamente los estudiantes salieron en tropel y persiguieron a los policías, mientras otros trataban de hacer una nueva barricada por donde había huido el antimotines.

Lo que se vio a continuación, en lugar de una gloriosa batalla campal, más les pareció a ustedes una danza ensayada y previsible: los estudiantes rehacían las barricadas y el antimotines contraatacaba; los estudiantes lo recibían con más piedras y bombas incendiarias y el antimotines pasaba de largo, y así muchas veces, hasta ser francamente aburrido lo que al principio parecía un soberbio espectáculo. En casi cincuenta minutos de enfrentamiento casi nadie había salido herido: del liceo, ninguno, porque ustedes tenían vista a la enfermería, y, en cuanto a los tombs, solamente habían visto a uno cojeando. Hasta ese momento, las pedreas no se veían tan peligrosas y arriesgadas como decían.

Cuando llegaron el segundo antimotines y varias volquetas del municipio repletas de tombs, algunos propusieron que arrancaran para El Volador, pero vos y otros fueron de la opinión de que lo mejor era quedarse a ver qué pasaba. Se acogió la decisión mayoritaria de observar y aprender. Según conjeturabas vos con los muchachos, la calle que rodeaba al cerro era muy propicia para defender el liceo, siempre y cuando el ataque del antimotines proviniera de un solo lado. Pero ahora, con un antimotines ronroneando en la Fania y otro frente a la cancha auxiliar, iba a ser imposible impedir el allanamiento. Pese a todo, los estudiantes afirmaron las barricadas cercanas a la puerta, y el reducido grupo de los más troperos se camufló entre los escombros, cada uno armado con varias molotov. Los restantes regresaron a las rejas para cerrar-

las tan pronto ingresara el último compañero.

Los antimotines iniciaron el ataque a toda velocidad, arrasando las barricadas y dando tumbo sobre los restos, sin perder la dirección, en medio de un estrépito de latas y estampidos, soporífero sin inmutarse la pedrea y las últimas molotov que alcanzaron a tirar los estudiantes, antes de correr hacia el liceo y cerrar las puertas. Los vehículos enfilaron sus trompas contra la portería sin que nada los pudiera detener, fuera de las rejas metálicas del parqueadero que se disponían a tumbar y que constituían la última defensa del invicto movimiento estudiantil. Entonces ocurrió algo inesperado.

Los compañeros del Tecnológico Pascual Bravo, que hasta aquel momento habían permanecido sentados, observando impávidos el combate, como una tribu sioux en el filo de la loma donde funcionaban los talleres de metalmecánica, justo al frente del liceo, se levantaron de pronto y empezaron a bajar corriendo en desbandada, tirando piedra y gritando abajos a la oligarquía y a los tombs hijueputas. Los agentes del orden que iban a pie no tuvieron otra alternativa que huir despavoridos, sin ningún orden, protegiéndose con los escudos, abrumados por las piedras que les llovían. Muy pronto los antimotines tuvieron que hacer lo propio, perdida completamente la dignidad.

Abandonado el campo de batalla por el adversario, podría decirse que El Volador era nuevamente del pueblo y para el pueblo o, en pocas palabras, que por ahí no podía volver a pasar nadie. Un rugido feroz salió de las gargantas del estudiantado: —¿Quién asesina obreros,

campesinos y estudiantes?

—¡El Ejército, títtere de la oligarquía y el imperialismo!

Los policías que estaban refugiados en La Fania 70 se largaron en las volquetas sin escuchar el final de la consigna, porque de seguro no se sentían aludidos, y hasta los estudiantes más gallinas pudieron salir a comprobarlo. Pero esa era apenas una artimaña, una finta de los esbirros del régimen que le imprimió al contraataque un carácter fulminante: veinte minutos después, los antimotines asomaron por la curva de la cancha auxiliar, ocupando los dos carriles de la calzada y a toda velocidad, mientras el resto de la tomba los seguía en las volquetas del municipio, arrojando, con hondas, decenas de bombas lacrimógenas.

Desorientado por la asfixiante humareda, el estudiantado recordó de pronto toda su vocación académica, y aunque a trompicones, liceístas y pascuatinos regresaron a las aulas y, al paso de los últimos rezagados, cerraron las puertas con candado. Los porteros del Antioqueño salieron a darle la cara a la autoridad y exigieron una orden de allanamiento para dejarla pasar. Sin embargo, esa no era la intención de los agentes de la oligarquía y el imperialismo: los policías, en lugar de allanar, se formaron en pelotones y se cuadraron en posición de firmes. De pronto hasta fuiste vos el primero en advertir a ese oficial que se separó de la tropa, sin más protección que un quepis, y que caminó hasta ponerse al alcance de una piedrecilla que le arrojaron, con tan buena puntería que pasó limpia entre el enrejado de la malla y le abrió el pómulo. El oficial, sin que se le moviera un solo músculo del rostro, se lim-



pió la sangre con el dorso de la mano y dijo:

—Muchachos, esta vía ya ha estado cerrada mucho tiempo. Ustedes no se imaginan los embotellamientos de tránsito tan hijueputas que hay en la avenida Colombia, en la autopista Norte, en la 80. Si querían poner pereque, ya lo pusieron. Nosotros estamos muy cansados y queremos almorzar, y ustedes me imaginó que también tienen muchas ganas de irse para sus casas a hacer tareas. Aquí tengo la orden de allanamiento —el capitán levantó un papel que agitó contra la brisa—, pero nosotros no queremos llegar a ese extremo: les voy a dar quince minutos para que desalujen. Los que se quieren ir, pueden salir tranquilamente por aquí, que a nadie le va a pasar nada. Los que no, que se atengan a las consecuencias. Quince minutos que comienzan ya —y enfatizó ese “ya” con un golpecito a su reloj de pulso.

Los términos no parecían tan malos, sobre todo teniendo en cuenta que la semana apenas comenzaba. Las discusiones en las asambleas estudiantiles eran cada vez más candentes y eran cada vez más radicales las propuestas de participación en el Paro Cívico Nacional de septiembre, lo que permitía suponer que antes del viernes habría tiempo de sobra para nuevos encuentros. Así que más que una rendición humillante o la sumisa aceptación de un ultimátum, aquello podía considerarse más bien como una tregua que beneficiaba a las dos partes.

Las rejas se abrieron y se asomaron los primeros muchachos, todavía recelosos de la palabra del capitán. El hombre se hizo a un lado para permitir el paso y los demás tombs lo imitaron rompiendo filas y haciendo, con los escudos recostados al piso, una especie de calle de honor, por donde comenzaron a desfilarse los estudiantes, en sucesivas galledas, entre increíbles y divertidos. O así al menos fue para ustedes, que salieron airoso de esa primera cita con la guerra. Luego de sobrepasar al último de los policías, alguien gritó “Mañana nos vemos”, y salieron corriendo hacia la 80, todavía felices, todavía con algo de inocencia. ☺



## Un colegio bien parecido

LA PUTA NICOTINA. ILUSTRACIÓN DE LYDA ESTRADA

Cuando dijo “nos ganamos el premio gordo” me pareció ver una baba blanca en la comisura de su boca. La corbata y el traje impecables, la cara sin brillo, me recordaron que tal cosa debía de ser imposible en un tipo que negocia con la educación de las niñas más privilegiadas de la ciudad. El colegio se había ganado un reconocimiento cuyo nombre no viene a cuento, y yo, con mis tenis rotos y mis incontrolables ganas de fumar, estaba ahí ese día en representación de la institucionalidad; en un colegio de más de mil niñas y adolescentes, con “vocación gerencial”, “confesional católico”, para ver qué tan bonito y organizado era todo y escribir una historia untada de corrección política.

Quienes fundaron el colegio, me contó el de la baba, pertenecían a una comunidad religiosa que después del Concilio Vaticano II se fue a poner en práctica el voto de pobreza y lo dejó en manos de gente lo suficientemente inteligente como para saber que la religión y la educación son negocio gordo; gente que, no obstante, “conservó su espiritualidad”. La oferta del colegio era absurda: taekwondo, bisutería, arquitectura, portugués, cocina, jornadas pedagógicas y una cantidad inimaginable de programas para invertir el tiempo libre, y muy específicos procesos de formación para padres, profesores y empleados de servicios generales. Me aburrí tanta cosa para tan pocos. Mientras divagaba, me puse en pensar en la mediocridad de la educación pública a la que deben resignarse la mayoría de habitantes de la ciudad; en toda la comida que se bota.

La señora que me sirvió de guía me llevó luego hasta las niñas más pequeñas, que como manifestación de su autonomía —principio del colegio—, una vez a la semana deciden el orden del día entre un colorido abanico de actividades. A eso le dicen también “educación personalizada”. Pero eso no me dio tanta risa como ver que entre las opciones —para niñas de cinco y seis años— estaban batir chocolate, planchar, barrer, trapiar, colgar ropa, embetunar zapatos: lo que allá llaman “competencias”. Luego me contó la personera que, como parte del proceso de “formación”, una vez la llevaron al Guanábano. Usó palabras como “mercadito” y “monedita” para hablar de “la vocación a la solidaridad” de la institución, y dijo muy orgullosa que sería concejal. Se le nota en la cara lo diligente que ha sido desde chiquita: casi puedo verla ocupando su lugar en el Salón del Concejo, tomando decisiones en el nombre de los más necesitados.

Después me encolé en séptimo, entre adolescentes, porque me fijé en las niñas de décimo y once y en sus ojos

vi un aire de desconfiada superioridad. Bien podía ser complejo mío, pero vislumbré cierta inocencia antes del octavo grado y hacia allá me dirigí. Vanidosos pero inquietos, preguntaban por todo atropelladamente, y cuando se aburrían recorrían con un lapicero las venas transparentadas sobre la piel de la mano y el brazo. Mostraban, además, un respeto por la autoridad de los profesores que a mí se me hizo sumamente extraño: sin chistar ante los regaños, transgredían la norma a hurtadillas. Me encariñé un poco con ellas, intuyendo que no habían perdido todavía esa inocencia por la que los niños te llenan de preguntas sin otra intención que la de conocer.

Una niña de 13 años, dispersa, me preguntó si yo había “pichado” alguna vez. Ella sí, aunque a duras penas sabía qué era un orgasmo y dudaba de haber tenido uno. Le pregunté qué sentido tenía para ella pichar y me dijo que no sabía. Luego otra me contó que iba a ser médica porque sus papás se lo habían dicho desde muy niña, una y otra vez, hasta en los disfraces. En ese momento pensé que las únicas niñas que vería ese día habían sido las de segundo grado, en esa clase de filosofía en que buscaron un tesoro. La clase, con el profesor disfrazado y a la cabeza de un barco imaginario, se me hizo hermosa hasta que una de las estudiantes me desinfló la ilusión al comentar, mientras se limpiaba el pantano de los zapatos: “Siempre la misma cosa, el mismo tesoro”. Me sentí representando un papel incómodo, y pensé en las historias del lugar que nunca podría conocer.

En ese lugar la jornada es larguísima, sin timbre, con pocas horas perdidas, porque cuando no va un profesor otro lo reemplaza. No pueden pintarse el pelo ni las uñas, ni tener cortes indiscretos, ni rayarse las manos, ni mascar chicle, ni montar los pies en las sillas, ni tener la falda corta ni el buzo distinto, ni hablar por celular, ni vender relojes ni dulces, ni cuestionar normas escritas en piedra. Pero en el acto cívico las vi escondiendo uñas pintadas y tenis distintos, mientras yo, mascando chicle para pasar la abstinencia, los pies en la silla en posición de loto —de otra manera me canso de inmediato—, les enseñaba palabrotas jugando “ahorcadito”. “Por favor no me las distraigas”, me dijo una profesora delgada y arrugada, con un vestido de flores dos palmos por debajo de la rodilla.

Estaba verdaderamente harta de escuchar al empresario dar su conferencia “de pan comer”, como dijo cuando apenas empezaba su discurso ganador. Había contado, entre otras cosas, que en el rancho de una tal Marcela las paredes eran de lata y las sillas llantas de bus, y que allá en su barrio había 17 ratas por persona. “Guácala, gas”, corearon todas. Dijo luego, a manera de moraleja, que “si vas a hablar con un pobre no te sientas más que él, trátalo como un igual”. Para despedirse sentenció con expresión exitosa que “en la vida no triunfa la soñadora, sino la visionaria”. Me fui antes de que terminara, y después de despedirme apresuradamente de las niñas y los anfitriones. Me fumé dos cigarrillos de prisa, boté el chicle ya sin sabor y me monté al bus a rumiarme la indignación.

Luego pasé dolores escribiendo esa historia por encargo, después de haber pasado por un par de colegios públicos como estudiante, por algunos barrios de invasión como “profesional”, por la vida de niños cuyo camino no está marcado desde la infancia hacia el “triufo” del poder adquisitivo; un camino por el que estarían rodeados de lo más bonito y limpio, la “mayor calidad”, aunque bajo el tapete se oculte la misma porquería. Omití en varios miles de palabras todo lo que tenía ganas de decir, me censuraron poco gracias a mi “profesional” esfuerzo y me pagaron bien y a tiempo. Pero yo no podía quedarme con la espinita, ¿verdad? ☺

*Confesiones de un Amor casi posible*

Barada en Lolita de Vladimir Nabokov  
Dramaturgia de José Félix Londono

Del 3 de febrero al 19 de marzo  
De Jueves a Sábado. Hora: 8:00 p.m.  
Valor: \$ 7.000 estudiantes, tercera edad y discapacitados. Público general \$14.000  
Jueves a Duo: 2 personas x \$10.000

Entre flores narcóticas  
Amazonia Perdida

Viaje fotográfico de Richard Evans Schultes (1915-2001),  
el gran botánico del siglo XX.

Curaduría Wade Davis / de martes a domingo Parque Explora

epm explorA OBRA

[www.cohete.net](http://www.cohete.net)

**300 NUEVOS LIBROS LEÍDOS**  
a precios razonables  
(encuentre la lista completa en facebook:  
Palinurolibrosleídos)

En La Viga de Palinuro:  
Obras de Marta Luz de Castro

Cra. 42 54-58 Tel: 239 39 94

Benditos sean los jugos

Bar de Zumos, Extractos  
y Jugos de frutas y vegetales frescos

Bar El Guanábano  
Intoxíquese de noche, desintoxíquese de día

Abierto desde las 10:00 am

cra 4353-21 Parque del Periodista, domicilios 2163742

**¡Ubícate!** Entrada libre

Miércoles 9 de marzo / 6:30 PM  
Inauguración muestra Mapas: Cartografías críticas  
Más de 30 proyectos artísticos reunidos en un encuentro  
multifacético de la cultura global contemporánea

Museo de Arte Moderno de Medellín  
T: (574) 4442622 / Carrera 44 No. 19 A -100 Medellín - Colombia  
[www.elmamm.org](http://www.elmamm.org) <<http://www.elmamm.org/>>

NO SÉ SI EL MUNDO ES CADA VEZ MÁS IDIOTA O YO SOY CADA VEZ MÁS INTELIGENTE.

el rincón refrito de truchafrita

# Manual para extraterrestres

“Astrobiology is the study of things that do not exist.” This well-known statement can be dismissed as flippant cynicism, but one might suggest that in its vernacular way it is struggling to grasp what on earth (so to speak) we might expect to find. Consider the presumed alternatives: will the extra-terrestrials be utterly familiar, completely alien (whatever that is supposed to mean) or is the search a complete waste of time? What will it be?”

La muy flemática y británica Royal Society advirtió en una reciente edición de su revista Philosophical Transactions que, por primera vez en la historia humana, existe la posibilidad de comprobar en un futuro no muy lejano si estamos o no estamos solos en el vasto universo. El mismo artículo invita además a los gobiernos de todo el mundo a acordar un protocolo único para un eventual encuentro con inteligencias y seres extraterrestres.

A tan insólita noticia se sumó la sorpresa de saber que de hecho la ONU ya cuenta con una entidad para esos menesteres: el Comité para Usos Pacíficos del Espacio Extra atmosférico (COPUOS por su sigla en inglés), creado en 1959.

Lo de usos pacíficos sin embargo está por verse, pues lo que más temen los científicos es que, dado que las leyes de la física se cumplen en todos los rincones del cosmos, algo similar puede ocurrir con la química orgánica y hasta con la biología, es decir, que lo más probable es que la vida extraterrestre haya prosperado en condiciones similares a las que se dieron en nuestro planeta, así que no sería de extrañar que los alienígenas sean muy parecidos a los seres humanos, hasta en sus peores defectos. Y basta echarle un vistazo a nuestra historia de guerras y miserias para que nos vayamos preparando.

En el mejor de los casos, si no somos invadidos por una civilización tecnológicamente más avanzada, el sólo hecho de encontrar microorganismos en el sistema solar o de deducir la existencia de vida a una prudente distancia de miles de millones de kilómetros, entre otras nuevas disciplinas haría su aparición la astroteología, con el fin de explicar a la luz de la fe semejante ampliación en la obra de Dios. Todo un batacazo.

Sin embargo, ante la perspectiva de hacer contacto con alienígenas hostiles, con más fierros que el inspector Gadget y con la bonhomía propia de un guerrillero o un paraco, en UC nos permitimos hacerle algunas recomendaciones a nuestros lectores, recomendaciones que esperamos los ayuden a salir del trance con el pellejo completo. Nada nuevo bajo el sol. Simplemente hicimos algunos retoques a las sugerencias de la comunidad científica internacional, cuestión de demostrar que en UC también nos ocupamos de cosas serias.

1. Ni se le ocurra salir corriendo pues los alienígenas podrían confundirlo con algún estudiante universitario de vacaciones en Córdoba y ya se sabe lo que puede pasar.

2. No les muestre miedo que es peor. Además es posible que ellos tengan más miedo que usted, hasta para un extraterrestre es asustador venir a Colombia.

3. Nunca mire un alienígena directamente a los ojos, en caso de que los tenga. Eso podría molestarlo porque luego usted podría reconocerlo.

4. Por su bien, no les ofrezca ni siquiera un tinto ni les ponga conversación, quien quita que en los otros planetas también existan Testigos de Jehová.

5. De todas maneras, para entablar una conversación con extraterrestres es conveniente hablar de alienígenas y alienígenos, no sea que también tengan muy crispada la susceptibilidad de género.

6. Déjelos hablar. Haga el esfuerzo y no se deje ganar de los verborreicos genes paisas.

7. Si lo agreden o lo tratan con malas palabras, no llame a la policía. Podrían resultar extorsionados los dos.

8. En caso de que el alienígena tenga un arma, actúe con precaución. Deslice con cuidado la mano hasta su bolsillo y compruebe que tiene el carnet de la EPS.

9. Si nota que el extraterrestre se ha practicado cirugías plásticas en senos, nalgas y muslos, si se hizo respingar la nariz y se rellenó los labios con bótox, estese tranquilo. No está frente a ningún alienígena. A lo mejor se trata de Lady Noriega y basta con pedirle un autógrafo.

10. Si le piden plata prestada, recuerde que las pirámides de los extraterrestres al menos duran. ☪





SIM TÍTULO. ÓLEO SOBRE LIENZO

### Johan Barrios

De la invitación a una de sus exposiciones seleccionamos frases sueltas sobre Johan Barrios (barranquillero del 82 y maestro de artes plásticas de la U. de A.): Dominancia de un dibujo riguroso – crítica a los usos que los estamentos del poder de las artes dan a las obras, a su interpretación y sobre todo a su valoración comercial – la sátira como elemento protagonista. Y quizás la más contundente: Barrios se goza al arte.

Y de un escrito suyo, una reflexión sobre nosotros los espectadores: "Casi siempre el espectador acepta lo 'establecido', aún incluso cuando muchas veces no entienda plenamente las imágenes que propone un artista (...) El arte contemporáneo se parece cada vez más a un programa de televisión que necesita público, eso sí, público 'sabio de arte', que lo vea, lo entienda y que también sea parte de éste, pues fija su atención en el espectador como una especie de interdependencia inseparable que nos lleva a mirar a donde todos miran".



SIN TÍTULO. CARBONCILLO SOBRE PAPEL.



## Casa de masajes

ANDRÉS DELGADO. FOTOGRAFÍAS DE JUAN FERNANDO OSPINA



Sentado en el sofá de la sala, me refresco la garganta con un buen trago de cerveza Pilsen. Siento que la efervescencia me sube por el pecho, de modo que llevo el puño a la boca para eructar con decencia. El patrón de la casa acaba de meterse por un pasillo estrecho para llamar a las chicas de los masajes. La sala donde estoy es cerrada como un horno. El aire es denso y la bombilla de cuarenta bujías alumbraba con miseria. Los muebles están descosidos. Una nevera con el logo de jugos TuttiFrutti está llena de cervezas. Una pared, con la pintura descascarada, tiene un afiche-calendario pegado con chinchas. Me doy otro trago de cerveza fría y escucho las risas y el parloteo que se aproxima. La situación es esta: imagínese que va de visita a la casa de un amigo. El amigo lo deja en la sala y va a la pieza. En vez de volver con el último dvd pirata que compró, regresa acompañado con ocho mujeres. Todas en tangas diminutas. Delicioso, ¿no? Ninguna de ellas suma 25 años. A vuelo de pájaro, todas se ven muy buenas. Me siento como un niño antojado, mirando una carta de postres de Crepes and Waffles. ¿Quién no ha soñado con una fila de mujeres en tangas para escoger? Bendita sea la Arabia Saudí, la arena del desierto y el calor infernal, los camellos, los oasis y los turbantes. Creo que me convertiré al islam.

Las casas de masajes provocan curiosidad. Bien sea por la atracción que ejercen las mujeres fáciles y desconocidas o simplemente por calmar el deseo de saber cómo son estos lugares. La curiosidad comienza a picar al recibir, en el centro de la ciudad, un papelito de publicidad. “Disfruta tus fantasías”, dice la credencial de la casa Ángeles de Fuego. “Déjese atender por nuestras hermosas chicas”, anuncia la casa Latinas. En promedio, media hora cuesta 30 mil pesos y una hora 50 mil. Incluso hay promociones desde 20 mil. Es muy fácil dejarse

tentar, pues el centro de Medellín está infestado de bellezas que trabajan en casas de masajes. Sin embargo, es difícil saber con precisión la estadística oficial de mujeres que ejerzan la prostitución en estos sitios. Las causas que impiden tener un censo real son varias: la clandestinidad, la movilidad de las casas y de las mujeres; el miedo para acogerse a los programas y la intimidación de los patronos. En 2010, la Fiscalía recogió 1.500 denuncias de abuso sexual efectuado por proxenetas, pero sólo se atendieron 480 casos. Por otro lado, el programa de la Alcaldía “Por una vida más digna” ha atendido unas 1.800 personas que ejercen la prostitución. Lo que sucede es que, si bien unas entidades quieren reducir el negocio, otros sujetos en cambio se ven obligados a promoverlo. ¿Qué sería de los solteros, con los dientes torcidos y caspa en el pelo, sin sus putas? Ni que decir de los casados.

Sentado en el sofá de la casa, sostengo la Pilsen y estiro la derecha para apretar la mano de Marcela. Las mujeres hacen fila para conocerme. Marcela me mira

**HORARIO DE ROPA INTERIOR**  
LUNES: NEGRO  
MARTES: BLANCO  
MIÉRCOLES: ROSADO  
JUEVES Y VIERNES: TRAJES  
SABADO: VESTIDO DE BAÑO

**HORARIO DE LLEGADA**  
9:45 AM (SIN ORGANIZARSE)  
10:00 AM (ORGANIZADAS)

**HORARIO DE SALIDA**  
7:00 PM  
LAS NIÑAS SE ARREGLAN A LAS  
6:45 PM

**HORARIO DE PRESENTACION**  
10:00 AM EN PUNTO (CON UNA EXLENTE  
PRESENTACION PERSONAL- MAQUILLAJE, CABELLO,  
UÑAS, ROPA INTERIOR)

maliciosa, me pica un ojo y desaparece en tangas por el pasillo, pero antes, le veo un precioso lunar en el cachete del culo izquierdo.

—Hola, Adriana,—me dice otra—mucho gusto— y me da un piquito.

—Pedro— le contesto, sabiendo que todos aquí nos cambiamos el nombre. Adriana es blanquita y no tiene brassier. Tiene unas enormes puchecas de mesera. Cuando se agacha para darme el pico, empuja la nalga y sus pezones rosados apuntan al piso.

A Cristina le miro los pies. Está descalza, es morenita y delgada; en shorts de índigo con el cierre abajo. Le veo los pantis. Son rojos. Cristina está fresquita, como acabada de duchar. También me dan la mano Tatiana, Carolina y Natalia y otras dos.

Con la cerveza en la mano, pienso en pedirle al patrón que vuelva hacerlas pasar. Recuerdo que Alfredo alguna vez me dijo: “jamás se coma lo primero que vea.” Alfredo es abogado, tiene 34 años y un sólido matrimonio con una diseñadora profesional. Tiene dos hijos y una férrea trayectoria como fornicador de medio día. Él mismo lo dijo: “Solo los putaños tenemos el privilegio de hacer el amor los martes a las tres de la tarde”. Entonces le pregunté si su mujer lo había pillado alguna vez. “Nunca”, contestó.

En una oportunidad, encamado con una de sus putas, Alfredo no fue capaz de venirse. La chica poseía un formidable culo de comadre. “Éramos amigos, yo la visitaba y tomábamos cervécita”.

**PENETRACION  
Y SEXO ORAL  
SIEMPRE CON  
PRESERVATIVO**

El día que Alfredo no se “desarrolló” fue de lo más extraordinario. Finalmente se vistieron y cada cual se fue a lo suyo. En las horas de la noche, cuando Alfredo llegó donde su esposa, se cambió la ropa y colgó el pantalón en el perchero. Entonces su mujer tuvo que esculcarle, buscando una plata, y encontró un condón arrugado, pero vacío. Furiosa, le hizo el reclamo. Alfredo improvisó sin pensar: “¡Mi amor, ese Ricardo es un hijueputa!”. La excusa resultó perfecta: su compañero de trabajo, por pura maldad, le había metido el preservativo al pantalón.

—Menos mal el condón estaba vacío, —me dijo Alfredo—, porque como le digo, ese día no alcancé a venirme.

—Pero ¿cómo diablos fue a dar ese condón al pantalón?— le pregunté.

—Me parece que fue la putica. Ella sabe que soy casado y, como no me la comí bien comida, creo que estaba celosa.

Alfredo me invitó a la casa de masajes donde es cliente fijo. Eran las 4:30 de la tarde. Tocamos en una casa cerca del Parque del Periodista y nos abrió una señora de unos 50 años, con cara de tendera, cigarrillo y chanclas. Se llamaba Rosalbita. Alfredo saludó de pico y un abrazo muy sentido. Entramos y pasamos por la primera sala, luego por una segunda y finalmente nos sentamos en una tercera instancia. Los corredores eran oscuros. La casa era como un chorizo. El mobiliario estaba gastado y las paredes no colgaban un cuadro. Pedimos cerveza y cigarrillo. Alfredo le comentó mi proyecto sobre la crónica para UNIVERSO-CENTRO. “Pregunte lo que quiera, —me dijo Rosalbita—, pero no ponga mi nombre.” Entonces llamó a las muchachas. Eran solo dos. Era un mal día con poca demanda y oferta. Una de ellas era negra con interiores blancos. Se llamaba Vanesa. Alfredo la sentó en sus piernas. La otra era blanquita, se llamaba Tatiana. Estaba en tangas, como si no se hubiera bañado en todo el día.

Según Alfredo, el secreto para disfrutar las putas es hacerse cliente. Ir “seruchando allí y allá” no es buena idea. Alfredo me cuenta que alguna vez ensayó en una casa desconocida y le robaron el celular cuando se quedó dormido.

Sentados en la sala, Alfredo preguntó: —¿Por qué tienes en el hombro ese morado, Rosalbita?.

—Esta semana casi me viola un tomo —contestó.

El uniformado la encerró en el baño y por nada se la come ahí. Ella se resistió y el tipo le pegó un puñetazo. “Lo voy a denunciar”, remató Rosalbita.

Por lo que noté, las historias aparecerían sin hacer muchas preguntas. Las tres mujeres tomaron cerveza por cuenta de nosotros. La sala era oscura. Mientras hablamos, íbamos fumando y tirábamos la ceniza al piso.

La segunda razón que tiene Alfredo para hacerse cliente es no correr un riesgo: que no se le pare. “Por más putaño que usted sea, llave, —me dijo—, ir de



putas causa miedo”. Entiendo lo que me dice. Visitar las putas causa curiosidad, expectativa, nervios y cierto vértigo. Precisamente, lo que las hace tan atractivas. Pero estas emociones pueden desembocar en un suceso terrible. Que a usted no se le pare. “A menos que se tome un viagra, —dice Alfredo—, pero tomar viagra con las putas no tiene sentido, con mi mujer sí”.

Otro trago de cerveza en la sala de Rosalbita.

—Ayer un man me estaba dando por detrás —nos contó Tatiana, la blanquita— y casi rompe el condón.

Una calada de cigarrillo. Tatiana nos cuenta que su primera vez en el negocio fue con un político de La Alpujarra, “un diputado”. Ella tenía 17 años y el tipo le pagó 300 mil por un polvo. Desde ese momento se hizo “adicta a la plata fácil —dice y continúa—, la gente le pone mucho misterio a este trabajo pero la cosa no es tan difícil, uno se empelota se lo deja meter y ya”. Además, nos dijo que trabajar de prepagado en la calle es mucho mejor que en las casas de masajes.

—Rosalbita, y ¿cómo son las muchachas nuevas? —le pregunté pensando en los papelitos que dicen “se solicita personal bien presentado”.

—Todas las semanas vienen —contestó— pero no se amañan. Las condiciones son: mayores de edad y un examen de sangre reciente. Una muchacha nueva, que nunca había putiado, hubo que enseñarle a poner condón. Aprendió con una botella. Se le dijeron las reglas: no se deje tocar mucho, no de besitos, y si el cliente quiere una chupadita de teta pídale más plata. Y nunca, nunca diga que es la primera vez. Pero esta culicagada, lo primero que se le dijo y lo primero que hizo. Cuando el primer cliente la eligió, ella confesó que estaba muy nerviosa y, claro, el hombre se aprovechó de eso. Se la comió como le dio la gana, como será, que hasta la puso a pupar y después el tipo le bajó a la cuquis.

—¡Huy, fuchi! —reniegan a la vez Tatiana y Vanesa.

De los 30 mil que cada cliente paga por media hora, Rosalbita se queda con 13 mil y ellas con 17. Vanesa la negrita dijo que prefería putiar en vez de terminar el bachillerato para después ganarse un “miserable mínimo”. En su casa, la mamá no sabe a qué se dedica, pero lo supone y no le dice nada porque Vanesa pagaba los servicios públicos.

—Hay tipos que son muy groseros —dijo Vanesa sentada en las piernas de Alfredo— pero este man es un caballero, yo lo conozco— y le da un besito en el cachete.

La tercera razón que tiene Alfredo para hacerse cliente tiene un carácter financiero: obtener crédito. Según él, los patronos de algunas casas le han llegado a fiar. Algunos martes se va de putas y sin un peso en el bolsillo. Se toma unas cervezas, picha y paga a los quince días. “Me he demorado hasta un mes pagando un polvo —dice—, pero pago, porque yo soy muy honrado”.

En la casa de Rosalbita tocaron la puerta. Ella se levantó para abrir. Nos quedamos atrás. Es un cliente. Rosalbita lo sentó en la primera sala. Cuando volvió, acosó las muchachas para que salieran donde el tipo. Vanesa y Tatiana se acomodaron las tanguitas y salieron caminando. Ambas estaban descalzas. Alfredo y yo fumamos mirando al techo. Me pareció que las nenitas caminaban en dirección del patibulo.

Regresó la negrita y se sentó. Un segundo después, Tatiana pasó por el corredor seguida por un sujeto. Ambos iban con el entrecejo fruncido. Bien lo dijo Camargo: “En el sexo hay que descansar de la cortesía y el amor”. Pero no tanto. El tipo con gafas y panza, tenía cara de profesor de escuela. Tatiana, en efecto, iba para el matadero.

Rosalbita volvió a sentarse. Eran las seis de la tarde y a las siete se cierra el



chuzo. Otra ronda de cerveza. Me pareció estar haciendo visita en la sala de una tía. El timbre volvió a sonar. Rosalbita fue y volvió con una preciosa de escasos 16 años. Nos presentó. “Mucho gusto, Susana”. La niña se sentó con la columna derecha. Parecía una colegial. A Alfredo le brillaban los ojos:

—¿Y tú trabajas aquí?

—No —contestó— vengo a saludar.

Nadie le creyó, pero igual le seguimos la corriente. Nos contó que estudiaba en la U de A bacteriología y comentó varias historias sobre los profes, compañeros y exámenes. Alfredo estaba encantado. Vanesa la miraba de arriba abajo. Yo pensaba en Tatiana, la blanquita, y en lo que sucedía en una alcoba de la casa.

Rosalbita fue por otra ronda de cervezas y Susana, la niña, se levantó al baño. —Mucha perra —dijo Vanesa— dizque no putea..., una es la que trabaja aquí y esa perra viene y se roba los clientes, Rosalbita lo sabe.

Alfredo y yo tomamos cerveza y nos hicimos los pendejos.

No habíamos hablado mayor cosa, cuando volvió a aparecer por el corredor el cliente de Tatiana. Pasó rápido y se largó. Era hora de cerrar el negocio. Vanesa y Tatiana se arreglaron para salir. Rosalbita caminaba con una trapería de aquí para allá. Me gritó: “Tiene que venir con más tiempo para que me entreviste de verdad” y se metió por un corredor. Nos quedamos con Susana. Ella sacó el celular y nos preguntó el número de teléfono. Alfredo me miró malicioso.

—Hágale rápido —lo acosó la niña. Alfredo le dictó y luego yo le di el mío. Susana los guardó y nos hizo una llamada perdida a cada uno.

—Me llaman y nos vemos en la tarde, pero no aquí —dijo—, porque a las siete

tengo que estar con mi novio - y remató con esa sonrisa de colegial.

Más tarde, Alfredo y yo nos fuimos a rematar a un billar. Vanesa tenía razón: Susanita nos salió maestra.

Todo esto, hasta que fui a la casa de masajes sin la compañía de Alfredo. Tenía que hacer el trabajo de campo para la crónica, meterme en una pieza y probar un masaje público. Las ocho mujeres se presentaron y se metieron por el corredor. Sentado en el sofá de sala, con el patrón esperando que le dijera el nombre de mi elegida, me acordé de lo que dijo Alfredo: “Jamás se coma lo primero que vea”. Sentí el sofoco de la sala. Miré el calendario pegado con chinchas y sentí vértigo. Me hubiera tomado un viagra.

Para entonces, había truncado la relación entre cuerpos y nombres. Creo que había una Claudia y una Yuliana, no recuerdo bien, pero es que en todas las casas de masajes hay Claudias y Yulianas. No retener los nombres fue un problema grave, muy grave. ¿Tatiana era la yegua morena con una cola de caballo en el pelo? O era Carolina, no recordaba. Me parece que Vanesa tenía un culo cartagenero, dominicano, brasilero, un culo tropical, en todo caso, o era de Natalia. El patrón me miró: “Diga pues, a ver cuál le traigo”. Me tomé un trago de Pilsen y me rasqué la cabeza.

Al azar dije “Adriana” y el patrón se perdió por el corredor. De vuelta, llegué de la mano de unos senos preciosos. Adriana en tacones, tangas y puchecas, me hizo levantar del sofá. Me agarró de la mano, me subió por unas escalas y yo la seguí como un niño regañado. Efraín Medina dijo: “Es increíble cómo funciona el juego de la seducción, siempre el que se cree cazador resulta ser la presa”.



# Estilario

RAÚL TRUJILLO

Exclusivo para UC desde Buenos Aires

La ignorancia es atrevida recita el cruel refrán. Un lobito disfrazado de cordero aúlla por las calles de su barrio y no le teme al qué dirán. Muchas veces nos permitimos todo porque no conocemos, ni descubrimos aún, los sutiles códigos que pueden mantener cohesionada una comunidad. Transgredir resulta fácil donde los códigos han permanecido casi inalterables por años y cualquier pequeño desvío puede implicar, además de una gran innovación, un riesgo. Por desgracia, resaltar puede ser causa de una intensa vulnerabilidad. Es concentrar en uno la mirada enjuiciadora del otro; otro que en nuestra ciudad literalmente puede llegar hasta matarte.

Más de una década ya de programas de tv donde la vida privada se convierte en espectáculo y en la que en sus blogs y twitter todos, ricos y no tanto, buscan cómo mostrar su factor X y llegar lo más lejos posible. Qué loca carrera por esos 15 minutos de fama que delató Andy Warhol, padre del pop art, vaticinio del actual poder de los medios de comunicación y el apogeo de la prensa amarilla y de los reality shows. Para la década de los 60 el auge económico había generado un estilo consumista, the american way of live, que se propagó al ritmo de los cada vez más nuevos objetos sofisticados, de formas originales y atractivas, difundidos entre adictos, primero por revistas, luego por la tele y hoy también por la web. Son ellos mismos, los medios, quienes gestionan un jet-set que los sostiene. Mas aterradora es la visión de un mundo así contenida en 1984, la novela de George Orwell publicada en el 49, germen de ese panóptico que es Gran Hermano.

Distinto imaginario podría desplegarse viendo a Camilo invitándonos a otra dimensión futurista, con su materiales sintéticos y destellantes; su reloj con leontina sería el del famoso conejo blanco que pasa junto a Alicia —“¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué tarde voy a llegar!”— y despierta su curiosidad haciendo que lo siga hasta el país de las maravillas, la otra dimensión.

El real pop nos saturó de marcas y es ahora que los chicos buscan, tal vez sin saberlo, otra dimensión del consumo en los barrios, impulsando con sus personalizaciones y remezclas estéticas una idea sobre “mi propia marca”. Bajo esta consigna, en Rocinha, una favela de Río de Janeiro con 200.000 habitantes en la pobreza, la Cooperativa de Trabajo Artesanal y de Costura (Cooparoca), integrada casi toda por mujeres, ha logrado un gran triunfo al firmar hace dos años un contrato por 100.000 dólares en indumentaria bastante artesanal que será vendida en el mercado de alta costura, garantizando un pago justo para todos los que intervienen en la elaboración. Roma no se hizo en un día y la Cooparoca es un emprendimiento original de la socióloga María Teresa Leal desde el 83, que desde el 87 cuenta con apoyo de Naciones Unidas. En una evolución del fenómeno, en Sao Paulo la marca que ha logrado desplazar los logos de las grandes ligas en el barrio es ya la de un gran MC del hip hop local. Habrá que ver cuántos se anotan a imitar el valor de nuestro “estrellado”. ©

Camilo Mira es un habitante de la zona nororiental de Medellín. Diseña y confecciona su propia ropa.



**Agencia Pinocho.com**  
\* El diario de lo que no es noticia \*

• MICROFICCIÓN PERIODÍSTICA •

• CUENTO SIN FICCIÓN •

## LE CONSULTA PRECIO A MANIQUÍ

**M**edellín (A-Pin) Esta semana, el diseñador Héctor Mejía, de 31 años, abordó a un maniquí de hombre, de 1,80 metros de estatura y vestido con ropa informal, para preguntarle el precio de una gorra. El hecho se registró en un local del pasaje comercial Palacé, a donde Héctor había llegado buscando camisetas: “No vi ninguna que me gustara pero me entretuve mirando las cachuchas, y cuando vi una roja súper bacana me le arrimé al maniquí pensando que era el vendedor”, relató Mejía, quien aseguró que “todo el tiempo” creyó que se trataba de algún empleado pendiente de atenderlo. Jimmy Cárdenas, encargado del almacén, relató: “Apenas entró le dije que bien podía observar, pero él ni me miró y siguió derecho a tocar la calidad de una prenda”, dijo, y afirmó que vio cuando Héctor le habló a la figura y le señaló la gorra: “Me dio como risa verlo ahí todo bajito al lado de ‘Tato’, así es como le decimos a ese maniquí, pero ahí mismo le dije que costaba treinta mil pesos”. Según se conoció, Héctor se retiró del local sin efectuar compra alguna: “No me dio pena lo del maniquí, me pareció fue muy cara la gorra”, aclaró.

• FOTONOTICIA •



## CONVIERTEN FILÓSOFO EN MAGO EXTRA

**M**ás de tres años después de haber sido descartado de la versión definitiva de la obra Fernando González: Velada Metafísica, del Teatro Maticandelas, un títere que representaba al célebre filósofo de Envigado fue transformado en un personaje extra de la obra infantil Hechizerías. Según se estableció, el muñeco permaneció hasta hace poco en una repisa del baño del señor Cristóbal Peláez, director de la compañía, quien ordenó que lo convirtieran en uno de los miembros de Asomafrafrú, Asociación de Magos Fracasados y Frustrados, que ayudan a combatir a la hechicera Mandarina. Tatiana López, actriz encargada del cambio extremo del Mago de Otraparte —como coincidentalmente se conoce también a González— explicó que la operación (en proceso en la foto) incluyó cabellera y manos nuevas, repintada de su piel con un rosado más vivo, cambio de su camisa de botones por un camisón azul, y reemplazo de su característica boina por un turbante verde y dorado. A-Pin fue testigo de que Fernandini, como extraoficialmente se le bautizó, no musitó palabra durante su primera función.

## “VAYA NIÑA LLAME A UN POLICÍA”

**S**e sentó en la barra y pidió un aguardiente. El encargado salió de su modorra, le miró la mugre de la cara y percibió el aire viciado que traía. No le sirvió el licor en copa de vidrio como a todo el mundo sino en un pequeño vaso desechable, como a los miserables cuando van de paso, cargan billetes sucios y necesitan un trago urgente. El mediodía apenas comenzaba a derramarse sobre un lento principio de tarde. En la carrera 48, Pasaje La Bastilla, el domingo se arrullaba tibio, adormilado sobre un sillón de copas de aguardiente, apenas cobijado por el sonido de los dados y el zumbido de parlantes con distintas tradiciones musicales, todas ellas envidiadas al arte de amamantar ebrios. El hombre vació su copa y preguntó cuánto debía. Puso 2.000 sobre el mostrador, pidió otro trago. 600 de devuelta. “Yo tengo plata”, dijo, con voz de haber gastado mucha en el néctar que a esa hora reclamaba. Y volvió a pagar.

Al tercer aguardiente ya le estaban sirviendo en vidrio transparente, y exigió que le pusieran tangos. El hombre tras la barra le pidió entonces a la única mesera del lugar que llamara al vecino de al lado. Ni él ni ella tenían la menor idea de cómo acariciar un computador para hacer que dejara de embadurnar el ambiente con tristezas guascas y comenzara a pintarlo con dolor de bandoneón, y por eso dependían de la amabilidad del bar contiguo para obrar la magia. Minutos más tarde, el hombre, ya dueño de la barra, comenzaba a repetir al pie de la letra cada tango que brotaba, como quien sueña con su repertorio de nanas de la infancia. Reconoció a otro ser mugroso que pasaba por la calle y lo detuvo. Lo invitó a un trago. Repitió la operación con otro hombre. Pagó cada centavo. Los dejó seguir por su camino. Y llamó a la mesera. “Tómese un aguardiente conmigo”, le ordenó.

La mujer, en su primer día de trabajo después de nueve meses de embarazo y otros siete de lactancia, se sentó a su lado como se lo habían enseñado años de oficio. “Por colaborar con el bar”. Porque si el cliente toma y además invita, la plata que entra es doble. El tipo no le contó nada, sólo le cantó. Cada verso torturado que salió de los parlantes. “Esa mujer debe tener el estómago bien duro. Ese señor huele a todo menos a bueno”, comentó el hombre tras la barra, que anotaba en un papel el precio de una, dos, tres nuevas rondas.

¿Cuánto le debo?, preguntó después de un rato. 7.800, escuchó, pero no quiso aceptarlo. ¿Me va a robar o qué? Son 6 aguardientes, a 1.300, da 7.800 señor. A mí no me roba, yo sólo debo 5.000, y golpeó la barra. Me debe \$7.800, señor. Tiró al piso un puñado de monedas. Le arrojó una al hombre tras la barra y luego otra, que logró esquivar también. “Vaya niña llame a un policía”. Y ella, sobre un par de tacones estrechos que no se calzaba hacía 16 meses, recorrió todo el camino hasta la esquina y regresó con un hombre alto, de piel negra, camisa verde pistacho, pantalón verde oliva, gorrita, bolillo y revólver. Dos zapatos de charol muy bien lustrados. El derecho con el cordón desamarrado. “Es que hace un rato me dio un calambre y me tocó dejarlo así”. Qué le pasa señor, le preguntó al hombre que redujo su ímpetu en el acto. Venga vamos, le dijo. ¿Pa’ su casa o qué? Yo a mi casa no voy a llevar ningún borracho, respondió, labios enormes, mirada de niño, un cordón desatado. El otro entregó un billete de 20.000 por encima de la barra, recibió 12.200. Y salió a la calle, se volvió sobre su eje, gritó algo que sólo él entendió, y gesticulando, como quien intenta librarse de un mar de telarañas, se fue hablando con el viento, con el ruido, exhalando de tanto en tanto las palabras dos mil pesos, respéteme y mi plata.

Más historias en [agenciapinocho.com](http://agenciapinocho.com)

¡Visite nuestra renovada página y manténgase al día!

Agencia Pinocho: dos años informando por el bien de la humanidad

Tras el rastro de un duende, con el arquitecto RAFAEL ORTIZ en el papel de Sherlock Holmes, seguimos desempolvando las historias de Medellín.

## El primer secuestrado en Medellín y el duende acosador

BYRON WHITE

La carrera 36, entre Ayacucho y la quebrada Santa Elena, se llama carrera Aguinaga o Calle de los Indios, pero de la quebrada hacia el norte toma el nombre de Carrera Portocarrero, en homenaje al Conde de Medellín, amante de la Reina Regente de España, S. M. Doña Mariana de Austria, quien gracias a sus amistades con el Padre Castrillón —hermano de doña Ana de Castrillón, prototipo famoso de la mujer moderna de entonces—, consiguió el título de Villa para la población, desbaratando las intrigas del gobierno de Santa Fe de Antioquia que vivía muy cómodamente con los recaudos de Medellín.



1. En el cruce con Ayacucho, esquina nororiental, había una casa que, por los años 30 del siglo pasado, la gente dio en llamar la Casa del Duende. Vivía allí una familia de la que hacía parte una muchacha muy linda, que, tal vez por eso, era acosada todas las noches por un duende que ni brujas ni brujos ni exorcistas fueron capaces de alejar. Perseguía a la muchacha, la pellizcaba, se le acostaba encima, la hacía sufrir enormemente hasta que un día alguien de Sonsón, que había presenciado en su tierra algo similar, les dijo: "Están equivocados con el remedio, no hay oración que sirva para espantarlo; la única manera de acabar con esa situación es atraparlos con una cobija o algo parecido y mantenerlos cogidos de pies y manos hasta que amanezca. A las seis de la mañana, cuando sale el sol, el duende pierde sus virtudes de invisibilidad y aparece".

Entonces los apurados padres le pidieron colaboración al cuerpo de bomberos, que de manera extraoficial y caritativa se ofreció a hacerlo. Casi no pueden tajar al dichoso duende y casi se les escapa varias veces. Cuando amaneció pudieron verlo: era el dueño de una famosa tienda del barrio.

2. Hubo un inquilinato en la cuadra que sigue para la quebrada, apodada Calle de los Indios, donde ocuparon habitaciones los Paucar, indígenas dedicados a las artesanías y a traer al mundo unas hermosas muchachas que mezclaron su belleza con el prestigio y la honradez de su trabajo, de tal manera que escalonaron hasta conseguir maridos de clase alta.

Este mismo inquilinato tiene un mérito horroroso: Fue sede del primer secuestro extorsivo que se hizo en Medellín. Allí le escondieron el hijo a un chancero y cuando por fin la policía localizó el lugar y fue a rescatarlo, lo mataron. Al parecer, en memoria de su hijo, el amargado padre fundó un centro de atención para niños pobres y desvalidos.

3. La Cantina Zamora era una de esas que todavía se ven en algunos barrios, con tienda y trastienda, la primera para venta de víveres y la segunda para expendio de licor y tertulias nocturnas. Además la Zamora, aprovechando la topografía del lugar, tenía una especie de sótano que hacía de garito, con un problema: cada año, con el invierno, la quebrada se lo llevaba, y cada año, con el verano, había que rehacerlo.

Se ve que el dueño de la cantina era un hacha para los negocios porque se inventó los domingos familiares, en los que agregó a la venta de tamales, empanadas, chorizos y etcétera. Fue mucha la gente que, después de salir de misa de 10 de la mañana, almorzó allí y se bañó en los charcos, y fue mucha también la que se sentó en la barranca de la quebrada a observar a las damas en chingue.

A un pintor conocido de la ciudad, el dueño le encargó el aviso, con la condición de que las letras de Zamora fueran hechas con figuras humanas desnudas, y así se hizo, escandalizando a los mojigatos que nunca han faltado. ☐

## Ochenta años de Gonzalo Arango

EDUARDO ESCOBAR

Por raro que parezca yo no aprendí a trabajar siguiendo el ejemplo de mi padre, aunque el pobre cordero propiciatorio del orden capitalista establecido se rajó el espinazo en un montón de empleos opacos por un salario siempre insuficiente para sus sueños de príncipe que apenas le alcanzaba para el lujo rastrero de terminar el mes; ni de un tío cacharreo que combinaba la venta de bacinillas en Urroa con la producción de marranos en Armenia, ni cantando en el himno antioqueño al hacha de mis mayores que no dejaron herencia ni leyendo las encíclicas de León XIII, a Dale Carnegie, a Napoleón Hill ni a Henry Ford, sino en la compañía de Gonzalo Arango. No se asusten con lo que voy a decir: Gonzalo trabajaba como un peón. Ese hombre sudaba la camiseta. Si fuera verdad que la mano que maneja la pluma vale tanto como la que conduce el arado según dijo Rimbaud, Gonzalo hubiera merecido ser un terrateniente tan rico como don Pepe Sierra, aunque escribió tantas y tantas diatribas contra las actividades utilitarias, por ejemplo aquella prosa famosa que llamó Medellín a solas contigo. Gonzalo amaba su trabajo, que era escribir sin esperanza, de tal manera, que cuando se le agotaban los temas trabajaba escribiendo contra el trabajo y haciendo elogios del ocio bohemio contra la usina del vecindario. Y a veces cuando la contradicción lo avergonzaba, escribía cartas. Cartas. Montones de cartas. En una me dijo: la felicidad no luce a los poetas... la cosa es que el hombre bote la piel de su roñoso humanismo, mate su cerebro asesino, estalle esa postema que es su alma, en una palabra, deshumanizarlo.

A Gonzalo no le gustaban los aviones. Pensaba que no estaban hechos para él, que un hombre en un avión no es más que un insensato, que los aviones fueron inventados a lo sumo para llevar encomiendas y mandar cartas. Ese montón de cartas que les escribía a los poetas beatniks en Nueva York, a Pablo Neruda, a Arturo Paoli el teólogo que escribió el más bello de los elogios de la pobreza, a Eugenio Evtuchenko, a Ernesto Cardenal, a Fernando Botero, y a mecánicos, y planchadoras. Al poeta beatnik Noel Casady, preso por marihuano, le escribió: si los estupefacientes te hacen feliz y te condenan por eso por qué no encarelan a Eisenhower cuando hace el amor con su mujer. Para nosotros el amor es una droga heroica, la más nociva de todas, pues pone al genio creador del artista bajo la servidumbre reproductora de la mujer.

Cuando comencé a recoger las cartas para Correspondencia Violada, ese libro amoroso, fabuloso y voluminoso que narra la historia de una generación a partir del epistolario de sus integrantes, el lustrabotas de un hotel de mafiosos de Barranquilla que supo en qué andaba me ofreció las cartas que le había escrito Gonzalo, un poeta maoísta de Neiva me puso a disposición las suyas, y una señora de Taganga, y un jipi de San Andrés y una vendedora de arepas de Llanogrande. Todos tenían cartas de Gonzalo que guardaban como tesoros. Llenas de generosidad y amistad, virtud que le gustó cultivar contra las asperezas del mundo.

Algunos toman la escritura como una misión redentora. Otros consideran que escribir es apenas un oficio modesto como el de los fontaneros. Pero la escritura puede convertirse en un vicio como el comercio o el opio. Gonzalo Arango asumió su tarea de escritor con la curia que pone un hipocondríaco en inventarse un síntoma. Nunca conocí a nadie que sintiera tanto amor por su máquina de escribir. La suya era una Olivetti de un azul opaco de toalla de motel de pobres, de

las grandes, Studio 44. Y aunque era chuzógrafo, y no sabía escribir con todos los dedos como la secretaria de su hermano Jaime, Gonzalo se sentía así y todo, a la velocidad de los antiguos escribientes de juzgado, encarnando al escritor responsable de Sartre, el papel del evangelista comprometido con la exigencia terrible de subvertir la realidad y cumplir por el conjuro de las palabras la quimera alquimista de transfigurar el plomo de la vida en el oro de la alegría, aunque alguna vez dijo que para cambiar el mundo los nadaístas primero tendríamos que terminar el bachillerato.

Desde el principio del nadaísmo Gonzalo aparecía con la estrella vespertina. Mientras sus compañeros girovagábamos por las calles de Medellín y perseguíamos vírgenes por las cafeterías del centro cuando aún había cafeterías y vírgenes, Gonzalo estaba en su casa de Boston chuzografiando. Y solo después de haber pagado su tributo a Santa Tecla venía a buscarnos al Parque de Bolívar o al Metropol, y organizábamos la borrachera de costumbre, y a veces nos invitaba a llevarle a su mamá unas serenatas de llamar a la policía con cantantes negros como el negro Billy cantando spirituals de Paul Robeson o aunque mi amo me mate a la mina no voy, con el séquito de nuestras amigas de minifalda, muchachas de vida irregular que se declararan liberadas aunque se morían de celos de que Gonzalo tuviera una mamá que amaba.

Amílcar decía que Gonzalo estaba enamorado de doña Nena, que era víctima del complejo de Edipo, que en realidad se quedaba en la casa cuidándola para que no se la quitara el párroco que Gonzalo detestaba. Pero yo no creo. Con frecuencia traía al atardecer del retiro doméstico un cuento nuevo dedicado a una monja, un poema para que bailen los muertos, un manifiesto para firmar, o una carta de quince páginas que iba a poner en el correo para un poeta argentino. Gonzalo gastaba la vida escribiendo como si con ello venciera la muerte, como si en ello le fuera la vida. Y cuando se fue a vivir a Bogotá bastaba verle la cara para saber que no había perdido la costumbre, que había pasado la tarde luchando con el moco de las palabras, hasta que la fatiga lo rendía y salía a comprar la provisión de cigarrillos Nacional y a comerse unos fríjoles en un restaurante de la Avenida Jiménez.

Gonzalo era un hombre extraño entre otras cosas por las ínfulas que a veces se daba. Una vez gritó: mi gloria que me la den en la cama. Aun que no tenía cama, sino un simple colchón. Y tampoco tenía un escritorio como todos los escritores, aún los pobres, sino que escribía sentado en el suelo y ponía el cañón de su máquina de escribir sobre una humilde caja de pino de ex vinos chilenos. Y en esa posición incómoda, escribía, escribía, disparaba cosas buenas y malas, pertinentes e impertinentes y las cartas que sus amigos esperábamos con amor e interés no solo porque a veces incluían un billetecillo de cincuenta pesos envuelto en papel carbón para que el cartero no lo oliera, cuando cincuenta pesos eran algo. O una promesa de gloria para cuando el nadaísmo triunfara. Una vez me dijo: hermano, si el nadaísmo hubiera sido inglés tendríamos con qué pagar el arriendo.

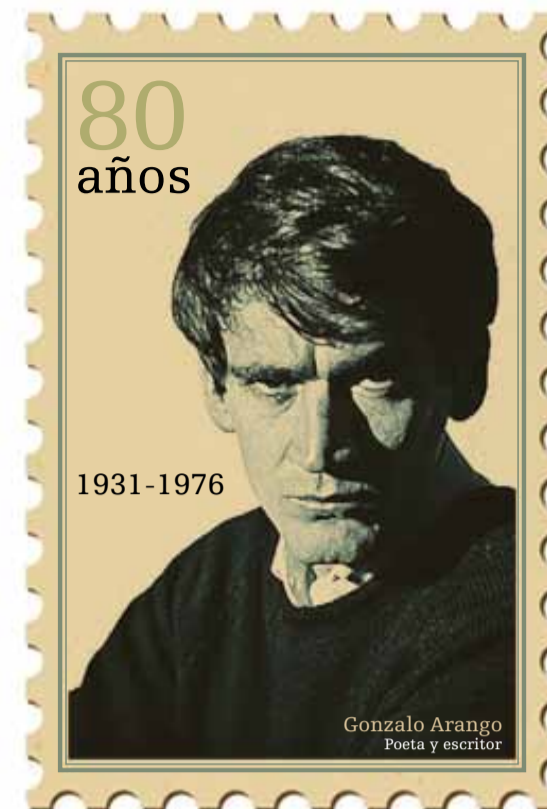
Cartas. Cartas con los desgarramientos del escritor que quería sentirse útil a la manera sartreana, de recuerdos de infancia, de ternuras por este mundo, heridas, como cicatrices de la condición lastimada de un oficio sin futuro y otras veces como fiestas, qué carajo, llenas de humor negro.

Correspondencia Violada reúne más de un cen-

tenar de cartas de Gonzalo Arango. Lástima que por razones editoriales no pude publicar las que escribió a los lustrabotas, a los ordeñadores de Rionegro, a las vendedoras de arepas de Llanogrande, al chofer de un cuñado, a un hojalatero de Cartagena, y a todas esas personas que merecieron los afectos del Profeta. Y a los muchachos del Caimán Barbudo que eran los nadaístas inoculados en los procesos de la revolución cubana, y a todos aquellos en fin que en América señalaban los horrores de los poderes domésticos y se enfrentaban con las tradiciones y al porvenir al mismo tiempo.

Este año, Gonzalo Arango estaría cumpliendo 80 años, si un camión en contravía no se le hubiera atravesado en el camino, a punto de tomar un avión a Londres. Pero yo no sé qué hubiera hecho el hombre, cuando se le cansaban los temas, en este tiempo atroz cuando escribir cartas pasó de moda para siempre. ☐

Una vez me dijo: hermano, si el nadaísmo hubiera sido inglés tendríamos con qué pagar el arriendo.



andrea  
katic  
kurk fisioterapeuta

Clínica Medellín El Poblado calle 7 n° 39 - 290 cons. 1301  
tel. 352 47 35 cel. 310 413 73 15 andreakatic@une.net.co

## Buenos aires, vecino de Santa Elena

ORLANDO RAMÍREZ CASAS

Hurgando en mis recuerdos, viene a mi mente Santa Elena cuando era Santa Elena. Ha cambiado. En aquellos días una espesa neblina cubría el paso de los carros de escalera rumbo a Rionegro, por Sajonia, y no había la mínima intención de trasladar el “campo de aviación” de Medellín para otro lado. Las flores de Santa Elena llegaban a Medellín en silletas a lomo de campesino, para su venta a domicilio. También surtían los puestos de flores de la Placita de don Rafael Flórez que se llamó “placita”. Cuando el mercado cubierto de don Coriolano Amador en Guayaquil la hizo parecer pequeña. Y se vendían esas flores, directamente por los que las habían traído a sus espaldas, en el atrio de la iglesia de Buenos Aires. El barrio Buenos Aires de Medellín es como decir otra vereda de Santa Elena, a continuación de Medialuna, lo que tenía importancia porque Buenos Aires era el Medellín de aquellos tiempos y lo demás eran mangas. Claro que aquel Buenos Aires quedaba más pegado a la Plazuela de San Ignacio que el de ahora. No había asomos, por esos días, de la producción masiva de flores ni de las exportaciones para alegrar el “Día de San Valentín” en otros lados.

No sé quien bautizó al corregimiento, ni de dónde salió el nombre que homenajea a la santa madre del emperador Constantino “El grande”, más conocido entre nosotros por haber construido una ciudad considerada grande aquí y en Constantinopla. Porque Santa Elena no era Santa Elena, sino Mazo. Mazo fue su primer nombre por ser las tierras adjudicadas a Don Pedro de Mazo, español de los días de la colonia, que la solicitó para sí por tener en ella minas de agusal, precioso líquido al que sobrándole el agua quedaba ese elemento indispensable para la preparación de alimentos, producto que valía oro en ese tiempo. También había minas de oro en ese predio, y cotos de caza en donde por muchos días pudieron cazarse hasta venados. Y había cascadas y charcos para bañarse, en una época en que el agua que corre entubada desde las represas era impensable. La quebrada Santa Elena, que nace en el cerro del Espíritu Santo, era la proveedora natural de agua potable para Medellín, y fue la base para asentar la primera planta de energía de la ciudad en un sitio que primero fue llamado la bocatoma y luego se abrevió simplemente en “La Toma”, a cuyo alrededor creció ese barrio de Medellín.

Pero no fueron los españoles los que inventaron a Santa Elena sino los indios. Santa Elena era el paso natural entre los valles del río Aburrá y del río Negro y por eso construyeron un camino de piedra consistente en lajas planas y bien dispuestas para no maltratar los pies descalzos en los días en que no había fábricas de calzado en Rionegro. Ese camino fue construido junto con otro que del Valle de Aburrá llevaba hasta las salinas de Murgía, así llamado por los indígenas el pueblito de la sal o de las sepulturas, nombrado Guaca por los españoles y Heliconia en los dos últimos siglos. Aún se conservan un par de tramos pequeños de una y otra vía que algunos vinieron a denominar “caminos de don Pedro Cieza de León”. Don Pedro y don Juan Bautista Sardella, fueron los cronistas de indias que acompañaron al mariscal Jorge Robledo en sus correrías y de esos caminos escribieron, al decir de don Marco Fidel Suárez, que la expedición del capitán Diego de Mendoza (primo de don Álvaro) encontró en 1541 “Grandes casas abandonadas y caminos tajados en la roca, más grandes que los del Cuzco”.<sup>1</sup> No sabría decirlo con certeza pero, a juzgar por la cita de don Marco Fidel, no fue Cieza de León el que escribió tal cosa sino Sardella. Es cosa que habría que averiguar bebiendo la historia de su propia fuente, en cuyo caso esos no serían “los caminos de don Pedro Cieza de León” sino los de don Juan Bautista Sardella.

Escuché una versión por vía oral (esa modalidad narrativa tan importante, pero distorsionada a veces) diciendo que “los españoles entraron al Valle de Aburrá por Santa Elena y existe un tramo del camino indígena de piedra por donde lo hicieron”. Suena bonito y le daría importancia al corregimiento, pero sólo sería creíble tal versión si los descubridores del Valle de Aburrá y los fundadores de Santa Fe de Antioquia hubieran hecho su camino siguiendo el recorrido del río grande de la Magdalena. No fue así. Tanto el capitán Francisco Cesar, que con don Juan de Vadillo lo hizo de norte a sur; como el mariscal Jorge Robledo, que lo hizo de sur a norte; siguieron el recorrido del otro río grande de Santa Marta, que llamamos Cauca. En tal caso, el paso por Santa Elena se dio a la inversa y cuando pasaron por allí el Valle de Aburrá ya había sido descubierto. De ahí para acá mucha agua de la quebrada Santa Elena ha corrido debajo del puente de Bocaná.

Han sido muchos los poetas que le han cantado, desde el alto de Santa Elena, a Medellín “la hermosa villa muellemente tendida en la llanura”, porque Medialuna en Santa Elena es un mirador natural que permite admirar la ciudad en todo su esplendor, de día o de noche, y desde allá la contemplan los silletteros cuando bajan con sus silletas a desfilar en la Feria de las Flores y a reafirmar el dicho de que “cuando pasan los silletteros es Antioquia la que pasa”.

1. Miscelánea sobre la historia, usos y costumbres de Medellín. Bernal Nicholls, Alberto. Bernal cita a don Marco Fidel Suárez, y Suárez cita a Juan Bautista Sardella. ☉

www.haylibros.com

y hay más...

## Antimateria



## Espacios de hostilidad

Hace cuatro años Héctor Zamora, un artista mexicano, reclutó a las mujeres que trabajan de noche en el callejón del costado sur que adorna y enuncia el Museo de Antioquia, a la entrada del antiguo museo de Zea. La idea era que las damas fueran las anfitrionas, doñas, coperas y administradoras de un bar improvisado e imprevisto en el primer piso del Museo. Zamora hizo romper el candado de una vieja puerta con vista a la calle y colgó el aviso de Las Divas, sólo faltaban las botellas para que el bar pasara de la periferia indeseable al cuerpo del antiguo palacio municipal. El mexicano ha sido un admirador del parasitismo, un amigo de la rémora, un aliado de la garrapata. Quería un bar que aprovechara toda la carne que ofrece el Museo de Antioquia.

El bar Las Divas surgió en el marco del MDE07, un encuentro de arte contemporáneo que tendrá su segunda versión con el MDE11. El lema y la inspiración de ese evento se resumía en una expresión: “espacios de hospitalidad”. Un juego donde fuera posible encontrar refugio en cualquier parte, una idea para buscar parentescos imposibles. Las reseñas curatoriales del momento hablaban de la “generación de un dispositivo limítrofe entre la calle y la institución. Las tensiones generadas en / dentro del encuentro ya han sido instauradas, las dinámicas que se posibiliten para el afuera deben seguir siendo observadas”.

Reflexiones verdaderamente incomprensibles pero proféticas. Por obligaciones de recorridos hemos seguido observando esa esquina caliente y bullosa. Hace unos meses apareció el “dispositivo limítrofe entre la calle y la institución”: dos rejas con horario de 7 a.m. a 7 p.m. se encargan de sellar la entrada de las esquinas de maquiñitas y vallanato que inspiraron el bar de Las Divas.

Sabemos que ese espacio de hospitalidad era simbólico, temporal, que un museo no soporta ese voltaje de putas y borrachos de alhelí al interior. Y esperamos que las rejas recién instaladas hagan parte de una nueva obra, también fugaz, otro gesto para generar reflexión. Una de las primeras ideas del MDE11 que nos haga pensar sobre los “espacios de hostilidad”. ☉

## De memoriam

PASCUAL GAVIRIA

MI primer libro fue un cassette azul que oí innumerables mañanas de vacaciones. Cuando la cinta se reventó ya me sabía el cuento de memoria y había logrado imitar la cadencia de El flecha, “boxeador de profesión y bacán de fracaso”. Todo sucedía en la voz de ese personaje a la vez guapachoso y decadente. Un bar mortecino -el tuqui tuqui-, un sábado en la noche, cuatro adoradores de la botella y la llegada de un escritor -El viejo Deivinson-, son suficientes para soltar una retahíla que es a la vez biografía de un don nadie, memoria risueña de pobreza, alardes costños, nostalgia sin llantos y colección de proverbios de la tierra caliente. David Sánchez Juliao inventó entre nosotros la “literatura cassette”, no el dictado de un libro sino una especie de radio teatro dónde el personaje es entrañable por su vida y por su voz.

Medellín le rindió un dudoso homenaje a David Sánchez Juliao en su última presentación en la ciudad. Todo empezó con un equívoco. Alguien decidió invitarlo a un festival del humor en plena feria de flores. Frente a un público entre burlesco y hostil, con el libreto de la risa aprendido y con pereza de atender un acento ajeno, Juliao se veía quieto en el escenario, cansado, leyendo sus historias hechas para insinuar una sonrisa y no para la carcajada. La gente comenzó a gritarlo y el hombre intentó fajarse con el público, en el cuerpo a cuerpo, como El flecha en sus tiempos, “ese man que no lo defraudará”. La gente abucheaba y Juliao los retaba con sus fintas y su lengua. Pero le tocó tirar la toalla y bajarse del escenario.

Como árbitro del combate apareció Jorge Melguizo. Subió al ring e improvisó una defensa del escritor, habló de la tolerancia, de la inteligencia que se necesita para entender lenguajes e historias distintas a las que nos rayan la memoria. Le preguntaron una vez más y soltó el nombre de Montecristo como culpable de una enfermedad en nuestra glándula de la risa. Se armó la de Troya. Mientras tanto Juliao ya iba rumbo a su pueblo, manejando su WVM, “un Willis vuelto mierda”, y riéndose del tierrero que dejaba atrás. ☉

LA LIBRERÍA DE  
OTRAPARTE

UC

número 20 / febrero 2011

## CRÓNICA VERDE



# Coca Resguardada

La marihuana, estrella popular de hojas aserradas, imagen ubicua en buses, muros y gorras, ha decidido amablemente ceder por el mes de febrero su espacio a la más discreta y pálida hoja de coca. La nota sigue siendo verde aunque la acompañe la cal del poporo y las muelas maltrechas de los indígenas. Pero comencemos a masticar el tema.

La foto muestra a Juan Manuel Santos descalzo y sonriente, aferrado a un simbólico bastón de mando que ese mismo día, agosto 7 de 2010, habría de tomar de manos del presidente del congreso. Lo acompañan sus hijos de impecable blanco y lo rodea una tropa de indígenas de la Sierra Nevada. A varios de ellos se les puede ver un carrillo hinchado por el ejercicio que aquí llaman mambeo, en Bolivia acullicu y en Perú chajchado. Palabras que solo se pueden pronunciar con la boca llena de hojas de coca.

A pesar de elegir ese pueblo encumbrado en la Sierra para darle color local a la posesión e impedir que todas las fotos de su día D fueran en compañía de Armando Benedetti, Juan Manuel Santos y su gobierno decidieron vetar, en primera instancia, una proposición de Bolivia que pretende acabar con una vieja resolución de Naciones Unidas: “La masticación de hoja de coca quedará prohibida dentro de los 25 años siguientes a la entrada en vigor de la presente Convención conforme a lo dispuesto en el inciso 1 del artículo 41.” En 1961 entró en vigor la susodicha Convención Única Sobre Estupefacientes, lo que significa que los ocho millones de indígenas que mastican hoja de coca en América -se calculan 100.000 en Colombia- lo hacen de manera ilegal desde hace más de dos décadas. Un canto ridículo a la bandera de la ONU y del fanatismo antidrogas. Es seguro que el día de su encumbrada en La Sierra Santos se asomó a los poporos de sus anfitriones y comentó con sus hijos el uso ancestral de los koguis, kankuamos y demás. Y es casi seguro que se mencionó la palabra multiculturalismo.

Santos acaba de demostrar que su visita a los indios de la Sierra tuvo efectos, así fueran retardados. Masticar coca anestesia las encías, profundiza la respiración y dilata los bronquios. Es posible que un poco más de aire en el cerebro haya sido la causa del súbito cambio del presidente. Colombia retiró el veto a la propuesta boliviana en compañía de Egipto, ocupado en rituales más ruidosos, y de Macedonia, desocupado en las resacas de enero. Cuando se le preguntó por el súbito cambio de libreto el presidente respondió con un argumento constitucional, por que los estadistas también pueden andar descalzos: “La posición de acompañar a Bolivia la hicimos porque así lo establece la constitución: respetar en las etnias indígenas esa tradición.”

Evo Morales agradeció el gesto de sus tres colegas y se propone pelear contra la imposible porfía del gobierno gringo. El veto de un solo país es suficiente para mantener la prohibición. Durante un tiempo no habrá más alternativa que escupir el bagazo coquero sobre ese catálogo cincuentenario.

Pero el buen respiro de Santos no ha sido el único alivio para la coca y la fatiga que traen los himnos de la guerra contra las drogas. También en el sur apare-

cieron buenas noticias. Hace unos meses la Corte Suprema de Justicia enterró definitivamente el estribillo cacofónico y odioso que nos acompañó durante desde noviembre de 2008: la bendita “mata que mata” que ni palíndromo era aún pareciéndolo. Fabiola Piñacué Achicué, líder de la micro empresa Coca Nasa que produce la aromática Nasa Esh's y la animosa Coca Sek, interpuso una tutela para que se protegieran sus derechos individuales y los derechos colectivos de su comunidad. La Corte Suprema acogió su solicitud y le ordenó a la Dirección Nacional de Estupefacientes dejar de transmitir esa cantinela infantil. Según la Corte los comerciales violaban “el derecho de los pueblos indígenas de seguir sus tradiciones que tienen en la hoja de coca un valor cultural de trascendental importancia.”

Pueda ser que la decisión de la Corte y la reversa del gobierno Santos respecto a la petición de Bolivia, sirva para acabar con la persecución contra Coca Nasa: detención de sus empleados por transportar hoja de coca, registro hostiles del Invima y una condena soterrada que prohibió la venta de los productos por fuera de los resguardos indígenas. Las artesanías de los indígenas son productos de exportación para Salvarte, pero las aromáticas y las galletas de la “mata que mata” solo pueden servirse en el remoto e incomprensible mundo de los resguardos. El Invima basa su veto en una pregunta de la Junta Internacional de Fiscalización de los Estupefacientes (Jife). Hace unos años esos burócratas inimaginables preguntaron sobre el posi-

interpusieron una demanda por usurpación marcaría contra los indios abusadores. Un tribunal colombiano le dio la razón a los mameadores capitalistas de Coca Sek bajo el argumento de que ninguna empresa puede registrar nombres de vocablos indígenas e impedir su utilización.

La colección de buenas noticias venida de los pesos pesados del Estado —Santos, Corte Suprema, Tribunales— debe ser suficiente para acabar con la resolución de rutina de una corbata implacable en el Invima. No aspiramos a que la coca tenga el estatus que tenía en el siglo XIX cuando se hablaba del “más importante descubrimiento de la época, cuyos beneficios para la humanidad serán incalculables. Ni que entre los amigos de la aromática estén ilustres a la altura de Verne, Rodin, Zola y H. G. Wells que en su época fueron entusiastas del Tónico Mariani que mezclaba el vino con las hojas de coca. Nos contentamos con que sea posible bogarse una Coca Sek a precio corriente, sin necesidad de pagar 7.000 pesos por culpa del contrabando desde un resguardo del sur. ☉



Nadie se explica por qué en el 2003 la página de la presidencia se desahució en elogios hacia empresas que luego intentó deshacer por medio de resoluciones:

Como un ejemplo de agricultura sostenible, diversas autoridades agrícolas destacaron las aromáticas, que a base de hojas de coca, fabrican los indígenas Pijaos y los Yanakonon del Huila. Se trata del té y la aromática Kokasana, bienes que serán ejemplos de producción respetuosa del medio ambiente. Para su comercialización y exportación, aún a los mercados de Europa y Latinoamérica, obtuvieron el permiso de Instituto Nacional de Vigilancia de Medicamentos y Alimentos (Invima).<sup>2</sup>

Pero la lucha no ha sido solo contra oficinistas de todos los pelambres, de gamuza en el Invima y de paño en la Jife. Coca Sek también libró y ganó una batalla contra la Coca Cola. Los dueños de la chispa de la vida

Más información con  
FABIOLA PIÑACUÉ ACHICUÉ,  
en el móvil (57) 300 203 6986  
ó 311 516 51 06.



La poesía es territorio libre, un paradójico coto de caza donde pueden convivir sin arruñarse Cavafis, Gómez Jattin, Sor Juana Inés de la Cruz, Víctor Gaviria. Estos poemas, pergeñados por un sacerdote de los de antes son una muestra de la democrática vocación de la poesía, donde hasta Dios existe. Guillermo Vásquez fue guardián de libros en nuestra edición anterior y ahora es autor. Habrá quienes guarden sus 62 páginas.

## El espacio y la memoria

Hace mucho tiempo le leí a Luis Alberto Álvarez algunos de estos "maldestros" versos. Estaban presentes Elkin Obregón, Luis Fernando Calderón, Víctor Gaviria y no recuerdo quienes más. Era noche de tertulia en la casa de Villa con San Juan. Los padrecitos recibíamos a nuestras amistades, y esa noche habían llegado los dichos. La noche perfumada podía extenderse por horas y horas; me tocaría madrugar a celebrar la misa de las Adoratrices, en el colegio y convento vecino al que fue seminario menor y ahora es el batallón Bomboná, en Medellín, por supuesto. Por eso me acosté temprano, antes de que los contertulios se fueran, total ya era muy tarde. Mientras se iban y se despedían, oí que Luis Alberto insistía en decirles que mi poesía era criptica, que necesitaba una clave para descifrarla. Aquí se la estoy dando. Un tiempo fueron a la casa de Villa con San Juan las judías, dos amigas: Lía Master y Telly Fleischer, que nos enseñaban a cocinar mientras los muchachos suspiraban.

A veces ellas nos recibían emparedados de jamón con queso y sonriendo, nos decían, que las hacíamos faltar a la Ley, doblemente. Llegó el tiempo del cine, con un proyector de 16 mm. que cambiamos por un antiguo y viejoproyector que nos regaló, el P. Marco Tulio Gómez, iel proyector del teatro de Riosucio en el Chocó!, a orillas del Atrato. Hicimos el cambio con un italoargentino que hacía cine y que nos multiplicaba las filmas de los audiovisuales de COMPAS. El tea-

tro se armaba en el patio, al aire libre, entre las maceas, con los perros y la gata a los pies; se acondicionaban todos los butacos, las sillas, los cojines de la casa, se mezclaban seminaristas con jóvenes estudiantes de medicina o derecho, o ingeniería, o los que estudiaban técnicas agropecuarias. Las muchachas cuchicheaban, se reían, y después participaban con gusto y energía en la larga tertulia para comentar la película.

Algunas pocas veces veíamos hasta dos películas seguidas y nos despedíamos después de media noche.

A Luis Alberto le prestaban en el Colombo Alemán las películas de Internaciones, empresa difusora del cine de la entonces República Federal de Alemania. Todo el nuevo cine alemán y la síntesis para mí era Fassbinder: Las lágrimas de Verónica Voss; Berlín Alexander Platz, para la TV alemana. Fassbinder, el único Almodóvar que Luis Alberto toleraba.

Una anécdota perfecta: Víctor les decía a los niños ciegos, con quienes filmó Buscando tréboles: "¡No vayan a mirar a la cámara!" Luis Alberto escribía la "Página de Cine" en El Colombiano y a veces la ilustraba Alberto Sierra, el esposo de Flor María Bouhot. Ella, que lo adoraba, le hizo a Luis Alberto el único retrato suyo.

Antes de Villa con San Juan habían sido Madrid, París, Roma, Nápoles, Venecia, Londres, Sheffi eld...

Poblada la soledad con los personajes de las pinturas o esculturas en los museos, personajes que me eran viejos conocidos, como en las fotos, y ahora veía en carne y hueso.

La fraternidad del Claretianum: el griego, el hebreo, los jeroglíficos egipcios, el arameo targúmico del Pontificio Instituto Bíblico De Urbe. Aprender a amar la belleza de Herodes el Grande. Árabe con la señorita Cleopatra. Y aún antes había sido Cartagena de Indias. El mar soñado, alcatraces, la carne y la sangre... Las amistades eternas. Pero fue allá, en Villa con San Juan, donde nacieron muchas de estas líneas. Antes de que viniera la Señora Muerte a cambiarnos las barajas del mazo y a obligarnos a jugar otra ronda. ☹



\*El espacio y la memoria. Colección Acento Editorial Eafit. Guillermo Vásquez 2010.

### Loros

Parvadas de loritos verde esmeralda anidan en los altos cogollos de las palmeras que rodean la Facultad de Medicina. Los veo llegar en el atardecer, a partir de las cinco de la tarde: chillones, luminosos, incandescentes. En la mañana, antes de la salida del sol, bajo el dorado manto de la aurora hecho de espuma y de silencio, irrumpe su apabullante algarabía, que no sé si es una lengua articulada, un mensaje cifrado, un oráculo, las más antiguas profecías, horóscopos y tarots, buenaventuras, la lengua de los ángeles y todas las lenguas de los hombres desde Ugarit y los dialectos polinésicos, una lengua sagrada: latín, hebreo, sánscrito, el gaélico de Borges, el transparente inglés de Shakespeare. ¡Cómo cantan los loritos verde esmeralda en la mañana luminosa!

### Alfo

no fueron los amuletos fálicos, ni las cruces gamadas ya en lanzas de los bárbaros, ni los ángeles del Verónes custodiando los tubos de los órganos. No fueron los mosaicos dorados, ni la tumba de Alcuino, ni los autógrafos de Hemingway y Churchill en Locanda Cipriani. Ni tampoco los yates blancos cabeceando dulcemente, con su carga de dioses y de diosas ardidos, en las aguas dormidas de la laguna. Ni siquiera el cardenal patriarca saludándote amable, bendiciendo a tu Sandra y soportando casi el peso de la tiara pontifical, mientras pelaba los duraznos. No fue Venecia zarandeada por los millones de turistas. Fue tu calor amigo, las tijeras tan sabiamente manejadas al cortar los racimos, los vasitos de grappa, tus jardines secretos, los sarmientos perfumando la noche, tu juventud gozosa y Damiano, persiguiendo el balón entre las ruinas blancas del baptisterio.

### Cinematográfica platónica

Luis Alberto Álvarez. in memoriam.

Hace ya muchos años habito este desierto: desde mi cueva ardiente vi pasar una tarde a Hipofos derrotado, al viejo Antonio victorioso, las plañideras regresando del sepelio de Antínoo, los tanques camuflados del general Kadaffi, una legión romana perdida, maldiciendo a los dioses entre nubes de arena, la sagrada familia y su borrico, a Taís, la cortesana, que los cristianos y Elkin Obregón veneraron como santa María egipciaca, Akenatón ebrio de sol y del dios único imposible y, para no cansar la lista: al sol crepuscular proyectando las sombras como el cinematógrafo en las paredes secas del último refugio.

### Vestuario

Las ceremonias son pocas en la vida; bastan: una corbata colorida, un vestido completo, de paño fresco, un par de zapatos de cuero oscuro, una correa profética y lo que lleves adentro, en los bolsillos, contra la piel blanquecina: el escapulario de cáñamo, un pañuelo casi limpio, unas pocas monedas para el café o los cigarrillos y un tiquete del metro, para poder huir a cualquier hora.



**OP**  
Orthopraxis  
S.A.

Ayudas Ortopédicas, Artes y Prótesis

Doctor Juan Pablo Valderrama  
Prado Centro Carrera 50A No. 63-41  
Conmutador: 444 19 29  
contacto@orthopraxis.com  
Medellín-Colombia  
www.orthopraxis.com.co

■ ¿Cuándo llega al puesto de distribución de UC ya se ha agotado el periódico?

■ ¿No tiene tiempo de recogerlo?

■ ¿Es de aquellos que sería capaz de leerse todos los meses, si pudiera?

■ ¿Le gustaría tener alguna de las portadas de UC tamaño afiche para colgarla en el cuarto?

■ ¿Estaría dispuesto a pagar unos pesitos por un periódico de distribución gratuita por el solo placer de que le llegue a la casa?

**SUSCRÍBASE** ▶ \$90.000 Medellín  
\$130.000 resto del país

## Encuentre Universo Centro en:

### CENTRO

BAR EL GUANÁBANO  
LIBRERÍA PALINURO  
CORPORACIÓN REGIÓN  
MUSEO DE ANTIOQUIA  
ÓPTICA CÓRDOBA  
INTERSERVICIOS  
ESCUELA NACIONAL SINDICAL  
PARQUES BIBLIOTECA  
PARANINFO UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA  
EMISORA CÁMARA DE COMERCIO  
TEATRO MATACANDELAS  
PEQUEÑO TEATRO  
TEATRO PORFIRIO BARBA JACOB  
EXFANFARRIA TEATRO  
TRUEQUE TEATRO  
IISTITUTO DE BELLAS ARTES  
FRACTAL TEATRO  
CAFÉ COLOMBO  
CENTRO COLOMBO AMERICANO  
ALIANZA COLOMBOFRANCEA  
ADIDA  
LENTEJA EXPRESS  
ESLABÓN PRENDIDO  
ÁREA METROPOLITANA  
PIZZERIA DONDE QUIEN  
K 26 TO GO  
PHILADELPIA  
VIEJOS VERDES  
COCTELES DE VANGOGH  
PECADO SANTO  
TABERNA LA VENDIMIA  
RAPSDIA  
CANCIELLO  
ROCK SYMPONHY  
RESTAURANTE BAR DANY  
PRANA  
EPSI  
MAS LOUNGE  
RAZA CAFÉ  
TABERNA RAPSDIA  
ARCANOS  
VEGETUS  
VERSALLES  
BAR LA BOA  
CASA ASTERION  
LOCALES CENTRO COMERCIAL PASEO LA PLAYA  
CASA DE LA LECTURA INFANTIL BARRIENTOS  
SEDE DE INVESTIGACIÓN UNIVERSITARIA  
LIBRERÍA INTERUNIVERSITARIA  
HEMEROTECA EPM  
RESTAURANTE TINTA Y TINTO  
COMFENALCO LA PLAYA  
SAZON Y SABOR BIBLIOTECA EPM  
COMFAMA  
COMLIBROS  
PALACIO DE LA CULTURA RAFAEL URIBE URIBE  
LA SASTRERIA BAR  
ZONA ROSA  
KANAHAN BAR  
CHIQUITITA BAR  
CONTROVERSA  
MACHETE  
FONDA DE LA LUNA  
NOCHES ALTERADAS  
NORANCHELO CAFÉ BAR  
HOMERO MANZI  
LOS LIBROS DE JUAN

### POBLADO

RESTAURANTE EL HERBARIO  
MAMM - SEDE CIUDAD DEL RÍO  
RESTAURANTE BONUAR  
RESTAURANTE MEXICANO ÓRALE  
HOSTAL KIWI  
EL REVERBERO  
LA BODEGA DE PROVENZA  
FRANCHYES  
CHILAQUILES TACOS Y YARDAS  
MIRÓ  
CAFÉ LEBON  
5 PUERTAS, NIAGARA  
LA OCTAVA  
LA ENOTECA  
ROJO TIENDA  
REBLUJO DE LUJO  
MANGO MORADO  
TIENDA MULTICREATIVA  
BERLIN BAR  
LA FIAMBREERÍA  
LOS SILDARRIAGAS  
BODEGÓN DEL PARQUE  
ACCIÓN IMPRO  
LA TIENDA DEL VINO  
ZONA LIBRE  
HOTEL ART  
CENTRO COLOMBO AMERICANO SEDE POBLADO  
JOSÉ ANTONIO OSPINA PELUQUERÍA  
MUNDO VERDE SALUD GOURMET  
24 FOODMART  
HERMOSA COMEDIA  
DOWN TOWN  
BOU VINO Y TAPAS  
LA RUECA

### CARLOS E. RESTREPO Y SURAMERICANA

CAFÉ LA COMEDIA  
LIBRERÍAS AL PIE DE LA LETRA  
BIBLIOTECA PÚBLICA PILOTO  
CAFÉ DE LA PILOTO  
BUÑELITOS YA  
PAPELERIA LA MORALEJA  
RESTAURANTE EL ÁRBOL DE LA VIDA  
RESTAURANTE DELISURA  
RESTAURANTE VERDE SANO  
OLOR Y SABOR  
PEDRO CAFÉ  
TOSCANA  
RESTAURANTE MERIDIANO  
CENTRO CULTURAL FACULTAD DE ARTES  
PAPITIENDA  
LA TIENDECITA  
FRUTI JHON  
CIUDAD CAFÉ  
MON DIÚ PANADERIA Y REPOSTERIA  
MERIDIANO

CUALQUIER COSA. MENOS QUIETOS  
**UNIVERSO CENTRO**

LE LLEVAMOS 11 NÚMEROS ANUALES HASTA SU RESIDENCIA, PARA QUE LO DISFRUTE EN SU POLTRONA PREFERIDA.

\* Suscribirse es muy fácil, solo debe hacer una consignación en la cuenta de ahorros 24527604097 del banco Colmena, a nombre de la Corporación Universo Centro, por el valor de la suscripción (\$90.000 para Medellín o \$130.000 fuera de Medellín, a nivel nacional) y enviarnos un correo con el número de la transacción a:

[suscripciones@universocentro.com](mailto:suscripciones@universocentro.com)

### UNIVERSIDADES

UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA  
UNIVERSIDAD LUIS AMIGÓ  
POLITÉCNICO JAIME ISAZA CADAVID  
UNIVERSIDAD EAFIT  
UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA  
UNIVERSIDAD DE MEDELLÍN  
UNIVERSIDAD NACIONAL  
FACULTAD DE MINAS  
LIBRERÍA UPB

### LAURELES Y ESTADIO

RINCON FRANCES  
APARTAHOTEL MONTES  
ALICATE  
BARROCKO RESTAURANTE BAR  
LOCALES DEL CENTRO COMERCIAL VILLA DE LA ABURRÁ  
ALBERT RESTAURANTE BAR  
CANTARES BAR  
TEATRO HORA 25  
EL CANTARO  
FANFARRIA

### PRADO CENTRO Y ZONA NORTE

TALLER SITIO  
BALLET FOLKLÓRICO DE ANTIOQUIA  
CASA PLAZARTE  
CASA MAESTRA  
ASENCULTURA  
PROMETEO  
AMIGOS DE LOS LIMITADOS FÍSICOS  
CASA DEL TEATRO  
CASA ADRISSA  
CASA TRES PATIOS  
FLORES Y SABORES  
PEREJIL  
ORTHOPRAXIS  
TEATRO AGUILA DESCALZA  
CENTRO CULTURAL MORAVIA  
JARDÍN BOTÁNICO  
MUSEO CEMENTERIO SAN PEDRO  
MUSEO PEDRO NEL GÓMEZ  
CENTRO CULTURAL MORAVIA  
TELEMEDELLIN  
PARQUE EXPLORA

### ENVIGADO

CAFÉ OTRAPARTE  
CASA MUSEO OTRAPARTE  
CASA DE LA CULTURA DE ENVIGADO

Se puede encontrar además en todas las bibliotecas de la Red de Bibliotecas Metropolitana y en las 184 sedes de COMFENALCO

